

KAREN

Karen había soñado muchas veces con viajar a las estrellas que veía a través del cristal del observatorio. Conforme pasaba el tiempo se había dado cuenta de que era un sueño irrealizable, aunque hubiera tenido los conocimientos que nunca se había molestado en adquirir, viajar hasta las estrellas, a la Tierra o incluso a alguna de las lunas vecinas era un sueño que estaría para siempre fuera de su alcance.

Antes solía pasar largas horas contemplando la inmensidad cuajada de estrellas del espacio infinito, el brillo del Sol en la distancia, la impresionante majestad de Júpiter cubriendo una importante porción del firmamento o el variable pero siempre hermoso paisaje de Europa. También había tenido tiempo para aprender a distinguir las lunas vecinas y los distantes planetas.

Y, sobre todo, la Tierra.

Era fácil distinguir la Tierra entre los distintos planetas, no sólo por su característico color azulado sino también porque, de todos, era el único que disponía de una luna tan grande que lo hacía inconfundible.

En aquel momento no podía observar la Tierra, estaba demasiado cerca del Sol y los filtros polarizados impedían que la distinguiera así que pasaba el tiempo observando los torbellinos que se producían en los bordes de la gran Mancha Roja de Júpiter. Era casi lo único que podía ver pues el Sol acababa de pasar tras el gigante rojo y apenas vislumbraba un tercio de su superficie mientras el resto del planeta quedaba oculto tras un oscuro manto reflejando el leve resplandor de Europa y alguna de las otras lunas de Júpiter.

De tarde en tarde creía percibir un repentino fulgor, apenas lo suficiente para ver pequeñas nubes chocando entre sí. Cualquiera de esos centelleos podía ser una tormenta tan grande que cubriría continentes enteros allá, en la Tierra.

Un poco por encima de Júpiter vio una de sus pequeñas lunas brillando solitaria en medio del resplandor de la noche.

Mientras Júpiter descendía lentamente por la ventana del observatorio Karen apenas era consciente de su presencia.

¿Por qué no le llamaba la atención como otras veces?.

Siempre que bajaba al observatorio era para disfrutar del paisaje, para observar las estrellas, ¿por qué hoy no estaba disfrutando?.

-¿Te gusta ir al observatorio?. -le había preguntado Sigui en una ocasión.

-Sí. Es muy bonito.

-¿Qué es lo que más te gusta?.

-¡Es todo tan grande...!. Júpiter es precioso con sus nubes de colores viajando por la atmósfera a toda velocidad. Algunas veces hay tormentas tremendas pero es como una pequeña gota en medio de la tranquilidad que hay en todo el planeta.

-¿Tranquilidad?.

-Sí. Bueno, no sé. Imagino que no se puede hablar de tranquilidad al hablar de Júpiter. ¿verdad?. Tú dijiste una vez que Júpiter era un ejemplo de caos armónico, y la armonía es como la tranquilidad. ¿No?.

-¿Te sientes tranquila al contemplar el paisaje de Júpiter?

-Sí. Me hace olvidar...

Olvidar.

Por aquella época ya deseaba olvidar muchas cosas.

Prestó atención a los ruidos de la estación. Hacía rato que no oía los golpes que daba su madre por todas partes mientras la buscaba. El único sonido que llegó a sus oídos era el de los ventiladores que hacían circular el aire.

¿Dónde estaría su madre?.

Se encogió aún más en el rincón que le servía de escondite. Tenía varios repartidos por toda la estación pero éste había sido siempre uno de sus preferidos porque allí podía hacerse la ilusión de que no se ocultaba, de que su madre no la estaba persiguiendo para castigarla por alguna falta real o imaginaria, sino que simplemente estaba... Sí, contemplando el paisaje.

A veces le había pedido a Sigui que le mostrara paisajes de la Tierra. La primera vez que lo hizo se extrañó de lo que vio.

-¿Dónde están las paredes?.

-¿Paredes?.

-Sí. Tendrán que tener paredes ¿no?.

-No, Karen. En la Tierra no había paredes más que en las casas que construían.

-¿Casas?. ¿Qué son casas?.

-Eran los lugares en los que vivían. Imagina una estación como ésta pero posada en la superficie de la Tierra. La gente vivía en su interior.

-¡Ah!. ¿Y había muchas casas?.

-Cientos de millones. Había casas en las que vivían cientos de personas y otras en las que sólo vivía una familia.

-Muéstreme algunas de esas casas.

Sigui hizo aparecer en el monitor varias casas, una detrás de otra y Karen las contemplaba con asombro.

-¡Sigui, esa gente está fuera de la casa y no llevan trajes espaciales!.

Karen sonrió al recordarlo. A Sigui le había costado mucho trabajo y tiempo hacerle comprender que en un planeta tan grande como la Tierra el aire se mantenía pegado a la superficie sin escapar al espacio.

Karen se construyó en uno de los campos de cultivo una casa similar a las de la Tierra. La hizo con ramas atadas con tallos de hierba y tuvo que levantarla varias veces antes de que Sigui le dibujara unos planos para que no se desmoronaran al menor descuido.

Cuando deseaba estar sola se iba al observatorio o a la cabaña pero los deseos de soledad no le duraban demasiado. Siempre volvía a hablar con Sigui aunque eso, a veces, tampoco era suficiente.

-¿Hay más gente?.

-¿Qué quieres decir?.

-Que si hay más gente como nosotras en alguna parte.

-No lo sé.

-Pero antes había... ¿verdad?.

-Sí.

-¿Y qué pasó?. ¿Por qué estamos solas?.

-No es una historia agradable, Karen.

-¡Cuéntamelo!. -exclamó Karen impaciente. ¡Algunas veces Sigui era tan melindroso!

-Fue hace cuarenta años. La estación científica Juno, en órbita alrededor de Marte, detectó una nave espacial que había entrado en el sistema solar y tras corregir el rumbo se dirigía a Júpiter. Desde Galileo intentaron comunicarse por radio con la nave pero no respondieron. La nave no emitía ningún tipo de radiación que pudiese ser interpretada como un intento de comunicación. Los habitantes de la estación estaban asustados, no sabían lo que podían esperar de aquellos seres y tenían miedo. Durante varias horas estuvieron esperando alguna señal de la

nave que se acercaba pero ésta permanecía muda. Al llegar a Júpiter entró en órbita. Debieron ver la estación y se dirigieron aquí. La gente empezó a volverse loca de miedo, intentaron escapar pero no había huida posible. Después, sin ningún motivo, empezaron a atacarse unos a otros.

-¿Por qué se atacaban entre sí?

-Al principio se pensó que era un fenómeno de histeria colectiva, como lo ocurrido en la Tierra en 1938 durante la emisión radiofónica de la adaptación de “La Guerra de los Mundos”, pero las consecuencias fueron mucho más terribles. Hubo asesinatos, suicidios y actos de sabotaje que estuvieron a punto de destruir la estación. Incluso las autoridades perdieron el control y se sumieron en el caos. Al cabo de varias horas las cosas parecieron calmarse. Habían muerto más de cien personas pero la gente empezó a relajarse y actuar de una forma extraña. Al principio todos reaccionaban al unísono, sumiéndose simultáneamente en diferentes estados anímicos, después algunos individuos empezaron a reaccionar de manera independiente a los demás.

»Los científicos de la Tierra supusieron que de alguna forma sus sentimientos estaban siendo influidos por la nave. Quizás sólo estaban intentando comunicarse, pero de un modo que volvía locas las emociones de las personas. Lo que sí estaba claro era que los extraterrestres estaban aprendiendo a controlarlas. Ahora ya no reaccionaban todos a la vez sino que había algunos que lloraban mientras a su lado otros se echaban a dormir, gemían de dolor o golpeaban con furia asesina a otras personas. Las cámaras transmitieron a la Tierra escenas horripilantes. Aquello continuó durante varias horas más hasta que sólo quedaron unas cien personas vivas que cayeron en un estado catatónico. Permanecieron así durante veinte horas. Después comenzaron a gritar horrorizados. En cuestión de minutos murieron todos, aparentemente de ataques cardíacos y embolias cerebrales.

-¿Qué pasó entonces?.

-La nave se dirigió a la Tierra. Los gobiernos ocultaron la información al público en general. De la Tierra salieron varias naves que huyeron al espacio intentando escapar de lo que parecía un ataque inminente pero no hubo apenas tiempo. La nave llegó antes de que pasaran veintiocho horas. A unos cincuenta kilómetros de altitud empezó a recorrer todos los continentes. Por donde pasaba la nave no quedaban más que cadáveres en un radio de más de mil kilómetros. Se dispararon misiles con cargas atómicas pero explotaban antes de acercarse. Cuando todo terminó, en la Tierra no quedaba ningún adulto vivo.

-¿Ningún adulto?. ¿Y los niños?.

-No se sabe cómo, los niños pequeños sobrevivían. Durante algún tiempo los pocos supervivientes que quedaron en el espacio supusieron que los extraterrestres lo habían hecho a propósito pero algunos psicólogos opinaban que no habían sido afectados porque aún no habían desarrollado una personalidad definida que pudiera ser atacada. Podría ser una explicación, el índice de supervivencia era del noventa por ciento a los tres años, el cuarenta por ciento a los cuatro, menos del cinco por ciento a los cinco y ningún superviviente a los seis.

-¿Cómo lo supieron?.

-Por los satélites. Durante los dos días que duró el ataque, los supervivientes enfocaron los satélites a las ciudades. Después la nave destruyó los satélites más importantes y se dirigió a la estación orbital Libertad. Los pocos hombres que había allí intentaron huir en lanzaderas pero no tenían capacidad de vuelo suficiente para llegar más que a la Tierra o a la Luna. La nave les alcanzó y los mató de la misma forma que a los de la Tierra. Después les tocó el turno a los habitantes de la base Clavius.

-¿Y los demás que escaparon?.

-Se dirigieron a Marte pero ninguno consiguió llegar. No habían tenido tiempo de preparar suficientes alimentos para todos y, por la posición de Marte en aquel momento, las únicas trayectorias posibles tenían que durar nueve meses, por lo menos. Tampoco tenían combustible suficiente para hacer el trayecto en menos tiempo.

-Entonces los únicos supervivientes fueron los niños.

-Y los habitantes de Juno, Ceres, Palas y Lennox y los tripulantes de cuatro naves que estaban en tránsito en aquellos momentos. Por desgracia perdimos contacto con Lennox y Palas en los siguientes meses. En Ceres murieron todos de hambre doce años más tarde. Los habitantes de Juno decidieron volver a la Tierra hace veinte años. Desde entonces no hemos tenido más noticias de ellos.

-Pero mis padres se quedaron en Juno y luego vinieron aquí. ¿Verdad?.

-Lo siento, Karen. No puedo responder a esa pregunta.

-¡Vamos, Sigui!. Tuvo que ocurrir así. ¿por qué nunca me cuentas nada de mis padres?.

-No puedo, Karen, lo siento.

-¡Oh, vaya!.

Karen se enfadaba cada vez que Sigui se negaba a contarle cosas sobre sus padres. ¡Había tantas cosas que quería saber!. Sigui contestaba siempre a todas sus preguntas aunque a veces tuviera que enfadarse con él, pero nunca había conseguido que respondiera cuando esas preguntas tenían algo que ver con sus padres.

-¿Y los niños?

-Es posible que alguno sobreviviera pero nadie lo creía. Los más pequeños morirían pronto de hambre abandonados en las cunas. Los mayores no tendrían más de cinco años y no es probable que sobrevivieran a las plagas y enfermedades que se producirían a causa de los cadáveres corrompidos.

-Entonces ¿cuánta gente queda?.

Sigui no respondió.

-¿Cuántos, Sigui?.

-Creo que lo más probable es que sólo quedéis vosotras dos.

* * * * *

Sola.

Había permanecido sola durante toda su vida.

Antes podía hablar con Sigui pero ahora ni eso.

No tenía a nadie que...

-¿Karen?.

Casi pegó un respingo al oír la voz de su madre en la puerta del observatorio. Sin hacer ningún ruido se introdujo aún más en el pequeño armario donde se guardaban los aparatos que servían para observar el gigante gaseoso.

-Karen, se que estás ahí. Sal, no te voy a hacer daño.

No. Aún tenía aquella voz. A pesar de su corta edad tenía mucha experiencia en calcular la cantidad de alcohol que su madre había bebido. Dentro de unas horas podría salir de nuevo, iría a alguna cocina y se pondría algo de comer. Y si por casualidad veía a su madre, ésta estaría tumbada en algún pasillo tras beber varios vasos más de ginebra. Pero ahora sería demasiado peligroso salir.

A veces, cuando se ocultaba, sentía la tentación de hacer algún gesto, de provocar algún murmullo que significase su descubrimiento. Eso era antes. No podía permitir que la volviera a sorprender. Se estremeció al recordar la última paliza que le había dado varios meses atrás, rompiéndole varias costillas y provocándole hematomas que tardaron varias semanas en sanar.

Y lo que ahora le esperaba era mucho más que una paliza.

-Karen, has sido mala. Mala, mala. Pero te perdono. Sal, no voy a hacerte ningún daño.

Karen permaneció en silencio conteniendo la respiración.

Los segundos pasaron sin que se oyera el más mínimo sonido en el observatorio.

Júpiter desapareció por la parte inferior de la ventana. Las estrellas seguían el mismo camino y un minuto más tarde fue Europa la que iluminó el interior de la enorme sala. Karen permaneció en silencio sabiendo que su madre estaba allí, en algún lugar cercano a la puerta del observatorio. Éste volvió a quedar a oscuras cuando Europa desapareció también por la parte inferior de la ventana.

Estuvo a punto de inclinarse para asomar la cabeza y mirar hacia la puerta pero sabía que su madre la vería enseguida contra el fondo estelar si es que seguía allí.

¿Se habría ido ya, sin que ella la hubiese oído?

No. Ya había caído en esa trampa varias veces. Su madre estaría allí, junto a la puerta, esperando en el más absoluto silencio que los nervios o la impaciencia la traicionaran.

La lenta rotación de la estación hizo que Júpiter volviera a aparecer por la parte superior de la ventana. Varios cientos de millones de kilómetros más allá estaba el Sol iluminando con sus rayos el interior del observatorio.

La luz apareció en el suelo ante ella y se extendió con rapidez hasta el fondo de la sala. Empujaba inmisericorde a las sombras que se iban rindiendo ante la fuerza del Sol teniendo que ocultarse tras los muebles. Pero las sombras no habían sido vencidas.

Cuando el Sol atacó con fuerza el techo de la sala, creyendo ya que había vencido, las sombras salieron de su escondite y se extendieron por su espalda, atacándole por sorpresa y empujándole, acosándole hasta arrojarlo por la ventana.

El Sol volvería a intentarlo dentro de un par de minutos, pero sería inútil. Éste era el reino de las sombras.

¡Si pudiera montar en un rayo de luz y viajar sobre él hacia una lejana estrella...!

Nunca más tendría que soportar las noches solitarias, los gritos continuos, las palizas ocasionales, la soledad. No sólo eso, tardaría tanto en llegar que, cuando lo hiciera habrían pasado varios años, sería mayor, sería una mujer y nadie podría nunca volver a pegarla.

Mala.

Durante años había intentado ser buena, hacer todo lo que su madre le dijera para no hacerla enfadar, no interrumpirla cuando estaba pensando o bebiendo.

Cada vez había sido más difícil.

No importaba lo que hiciera, a veces su madre la castigaba sin que ella supiera qué había hecho para merecerlo. Otras lo sabía, como ahora.

Antes tenía el consuelo de poder hablar con Sigui. Podía contarle sus problemas y siempre recibía respuesta. A veces no entendía lo que decía, pero no le importaba, podía contarle

sus problemas a Sigui y éste la escuchaba, siempre atento a sus palabras, le preguntaba cosas que le hacían pensar y contar más cosas, intentando comprender a su madre, intentando entender qué había hecho mal.

Pero Sigui ya no estaba. Hacía dos años había empezado a desvariar, a decir incoherencias y frases sin sentido. Hablar con él se fue haciendo más y más frustrante hasta que llegó un día en que, sencillamente, dejó de hablar.

Durante varios días su madre intentó resucitarlo sin conseguirlo. Durante esos días no bebió, no gritó, no la pegó. Se tiraba horas y horas desmontando circuitos, cambiando componentes, analizando largos listados de programa.

Karen ignoraba si podría volver a hablar con Sigui, aunque cada vez tenía menos esperanzas. A pesar de todo, aquellos días fueron los más tranquilos que recordaba haber vivido nunca. Su madre se sumergió en los libros buscando formas de repararlo. Durante varios días no bebió apenas mientras concentraba todo su tiempo en estudiar los componentes de Sigui.

-Acerca el polímetro. -pedía con un tono con el que raras veces le hablaba, ni furiosa ni despectiva sino más bien indiferente.

-¿Podrás curarlo, mamá?.

-¿Quién sabe?.. -refunfuñaba ella.

Comprobaba las tensiones en los distintos pines de las tarjetas, verificaba placas y más placas de circuitos mientras Karen la observaba esperanzada. Si alguien podía curar a Sigui, era su madre. No había nadie más que pudiera hacerlo.

Durante dos días lo intentó por todos los medios a su alcance pero todos sus esfuerzos chocaban con la complejidad de los circuitos, con la escasez de medios de análisis, con el material viejo, inservible tras décadas de abandono.

-No sé qué podemos hacer. Si no puedo arreglar la unidad central en los dos próximos días perderemos los campos de cultivo. -dijo aquella noche.

Karen no respondió. No estaba acostumbrada a esta forma de hablar de su madre, por eso permaneció en silencio observándola mientras ella se servía la primera copa del día.

-Si George estuviera vivo... Él sabría lo que hacer, entendía de estas cosas. ¿Por qué tuviste que lanzar la señal?.. -gritó al vacío arrojando el vaso con furia.

Éste atravesó la sala para estrellarse en la pared del fondo. Los cristales saltaron en varias direcciones mientras el líquido se dividía en gruesas gotas que salpicaron las paredes. Una vez en ellas, comenzaron a deslizarse lentamente hacia el suelo.

Calma tras violencia, así era siempre en la estación.

Calma tras violencia, así reaccionaba siempre su madre.

Tras la explosión de rabia que la llevó a arrojar violentamente el vaso contra la pared, su madre se sumió de nuevo en otra de sus depresiones aunque esta vez sin haber bebido.

-¿Cómo murió George?. -preguntó Karen.

Pensó que su madre no había oído la pregunta. Quizás fuera mejor así. Recordaba la vez que había preguntado "¿Cómo murió papá?". Su madre reaccionó abalanzándose sobre ella y gritando:

-¡No era tu padre, maldita!. ¡No era tu padre!.

Aquella vez le dio tal paliza que estuvo a punto de matarla, y aunque luego le curó las heridas y se mantuvo sobria durante su curación, supo que nunca debía llamar papá a George.

-Llevábamos siete años aquí. Un día recibimos una señal de radio. Creímos que eran amigos y...

Se detuvo. Dejó de hablar mientras su rostro se cubría con una máscara de odio.

Karen tenía miedo. No sabía si atreverse a seguir preguntando pero no hizo falta. Tras unos minutos de silencio, su madre continuó.

-No tenía que haber respondido. Programó el ordenador para enviar un mensaje cada ciclo lunar. Yo le advertí que tuviera cuidado, que no comunicara nuestro emplazamiento pero no me hizo caso.

»Un año más tarde llegaron los Otros. -y al decir esto la miró como si ella fuese la culpable de todo.

Olvidándose del vaso tomó un trago directamente de la botella. Carraspeó para aclararse la garganta y se quedó contemplando la botella.

-No. Tendrás que esperar. Lo primero es lo primero.

Volviendo a colocarle el tapón, dejó la botella en el mueble tras la barra.

Se dirigió a la sala de mandos seguida por Karen que se hacía extrañadas preguntas.

"¿Los Otros?. ¿Quiénes eran los Otros?. ¿Serían personas como ellos o tal vez eran los tripulantes de aquella extraña y gigantesca nave que, según había dicho Sigui, había acabado décadas atrás con la humanidad?"

Su madre comenzó de nuevo a examinar circuitos y más y más aparatos electrónicos bajo la atenta mirada de Karen que se preguntaba en cuál de aquellas minúsculas piezas estaba el fallo que había hecho enmudecer a Sigui.

Cuando un día más tarde su madre consiguió despertar algunas de las funciones de mantenimiento del ordenador, le ordenó realizar los ajustes necesarios para que la estación

siguiere automanteniéndose. Procedió a las reparaciones más urgentes para su supervivencia y luego se fue a dormir durante más de veinte horas seguidas.

-Sigui, -llamó Karen al quedarse sola en la sala de mando- repite el mensaje que mandó mi padre.

Vio encenderse un monitor apareciendo en él una gran cantidad de caracteres.

Sólo al cabo de varios segundos se dio cuenta de que Sigui no contestaba.

-¿Sigui?. Sigui, contesta.

Nada turbó el silencio de la sala. En el monitor, sin embargo, aparecieron varias líneas más.

-Sigui, ¿estás ahí?.

El monitor se llenó de caracteres que aparecían con demasiada rapidez para ser leídos, aunque Karen hubiese sabido leer.

Tenía que haber aprendido cuando Sigui se lo propuso varios años atrás. Pero ella no pensó que realmente le hiciera falta nunca.

Su madre había recuperado algunas funciones de Sigui pero no la de hablar.

Bueno, al día siguiente, cuando su madre despertara, le pediría que intentara recuperar la capacidad de síntesis del habla de Sigui. Dirigióse hacia la puerta. Un segundo antes de cerrarla, se volvió al interior y dijo.

-Adiós, Sigui.

El día siguiente su madre lo pasó en la cama, no en vano había pasado todo un ciclo lunar sin dormir. Cuando por fin despertó, Karen le preguntó si podría arreglar el sintetizador de voz de Sigui.

-No hace falta. Tal como está este viejo cacharro temo que si vuelvo a tocar algún componente no pueda arreglarlo luego.

-Pero mamá, a mí me gusta hablar con Sigui, es divertido a veces y es el único amigo que tengo.

-¿Amigo?. Karen, es un programa. No piensa, no tiene curiosidad ni sentimientos. Solo obedece una serie de instrucciones que fueron escritas hace años por un equipo de programadores.

-¡No es verdad!. Sigui me quiere, se preocupa por mí. Siempre me está preguntando lo que me pasa y yo se lo cuento y él me ayuda y me dice cosas para que me duela menos. ¡Es mi amigo, mi único amigo!.

-¡Escúchame, jovencita!. No consiento que me levantes la voz. Estoy harta de tus impertinencias y no consentiré que me hables de esa forma.

-Pero, mamá, yo solo quiero...

-¡Tú no quieres nada!. ¡No eres nada!. Me has destrozado la vida. ¡Tú!. Ojalá nunca te hubiese parido. Me hubiera matado antes de que nacieras si hubiera sabido... ¡No!. Dios mío, ¿qué estoy diciendo?.

Karen se asustó al ver a su madre arrodillarse en el suelo con los brazos en cruz para rezar con lágrimas en los ojos.

-Señor, perdona a ésta tu indigna sierva. Dame fuerzas para superar las pruebas que me has impuesto como se las diste al santo Job. No quería decir esto, de verdad, Señor. Perdóname y haz que la prueba termine. Por favor, Señor, no puedo soportarlo más. Por favor, Señor.

Karen nunca había visto llorar a su madre estando sobria. Estaba acostumbrada a sus ataques de furia y desesperación pero a lo largo de los años había llegado a asociarlos con las borracheras que cogía casi todos los días desde que tenía memoria.

Cuando estaba así, sabía que tenía que evitarla. Mantenerse apartada de ella. Pero al verla tirada en el suelo, sollozando desgarradoramente, no pudo evitar intentar consolarla.

-Mamá, no llores. Te prometo...

-Calla. ¡Calla!. ¡¡¡Calla!!!. Es por tu culpa. Me has hecho pecar de nuevo. Vete. No quiero volver a verte. ¡Vete, vete, ¡¡vetel!!!.

Karen corrió por el laboratorio intentando librarse de sus palabras, intentando librarse de su odio. Los gritos dejaron de oírse en la distancia pero el odio siguió latiendo en sus sienes mientras sentía una dolorosa opresión en la garganta.

Llegó al observatorio sollozando y preguntándose

"¿Por qué?. ¿Por qué?. ¿Por qué?.

Nadie respondió a sus preguntas.

Al llegar junto al cristal del observatorio, se puso a dar duros golpes contra él al tiempo que de su garganta surgía un desgarrador llanto.

* * * * *

La estación había dado ya varias vueltas sobre su eje y Karen ignoraba si su madre seguiría aún acechando en la oscuridad del observatorio.

Tarde o temprano tendría que salir pero era capaz de permanecer oculta el tiempo que fuera necesario hasta que oyera un ruido en otro lugar de la estación que indicara que su madre se había ido.

Ella no tenía su paciencia.

Había tardado años en decidir que nada de lo que hiciera o dijera su madre volvería a herirla. Había sido duro pero, cuando llegó el día en que su madre le dio una paliza sin que de sus labios saliera un gemido de dolor, lo consideró un triunfo.

A pesar de que, debido a la falta de respuesta por su parte, su madre se ensañó mucho más de lo que solía hacerlo.

Después de eso, milagrosamente, las palizas cesaron.

Sólo de tarde en tarde su madre le daba un furioso bofetón si se cruzaba en su camino pero Karen alzaba la barbilla, desafiante, sin un gemido, sin una muestra de dolor, y su madre seguía su camino hacia el bar, la cocina o el dormitorio, las tres únicas dependencias que visitaba en los últimos meses.

Podía decirse que había ganado, si es que había algo que ganar.

En los dos últimos años, Karen descubrió un sustituto para Sigui.

En uno de los dormitorios abandonados de la estación encontró una colección de antiguos cartuchos de video. Hasta ahora sólo había visto algunos documentales que Sigui le había mostrado de vez en cuando en su fútil intento de educarla, pero estos cartuchos eran películas hechas en la Tierra muchos años atrás.

Durante varios días estuvo buscando un monitor que funcionase y, cuando lo halló, comenzó a ver las antiguas imágenes que le enseñaron cómo era el mundo que habían perdido.

Lloró con Escarlata O'Hara al llegar a las devastadas tierras de Tara, luchó contra el Imperio mientras Han Solo sorteaba los asteroides en el Halcón Milenario, gritó sobresaltada cada vez que el implacable Jason masacraba a alguna de sus desprevenidas víctimas, rió cada vez que Harpo hacía sonar la bocina en alguna de sus extravagantes aventuras.

También descubrió la música.

Aunque nunca la había oído antes, reconoció aquellas melodías como lo que eran, una forma de expresar los sentimientos que llegaba mucho más allá de lo que llegaban las palabras.

A veces ponía algunas películas por el puro placer de oír la música, haciendo que se repitieran una y otra vez, inundando las silenciosas salas de la estación con el hermoso sonido de su música.

No podía descifrar los títulos de las películas pero aprendió a distinguir las por las carátulas y en algunas de ellas oyó, no una sino mil veces, canciones tan hermosas como nunca había sido capaz de imaginar.

Su madre lo sabía, más de una vez la había sorprendido cantando, tarareando o transportando cartuchos por los pasillos de la estación. En esas ocasiones, si no estaba demasiado borracha, la miraba pasar en silencio con una expresión de odio.

Se propuso aprender a leer, pero ¿cómo hacerlo sin ayuda?.

Tenía ya once años e ignoraba cómo podía aprender algo ella sola, sin tener a nadie que le enseñara.

No podía, no quería contar con su madre. Se preguntó si podría seguir contando con Sigui.

Un día fue a la sala de control. Sólo la recibió el silencio.

-¿Sigui?.

Todo estaba tal como lo había dejado un año y medio antes. Los mismos papeles desparramados por la habitación eran un recordatorio de la soledad de la estación, no había nadie para recogerlos.

Las herramientas abandonadas junto a la unidad central le recordaron los esfuerzos que hizo su madre por reparar el ordenador.

-Sigui, ¿estás ahí?.

Una pantalla titiló ante su vista. Una línea apareció escrita en ella.

Si Sigui no podía hablarle, ¿cómo podría enseñarle?.

¿Le entendería, al menos?.

-Sigui, dibuja un círculo en la pantalla.

Sobre la pantalla del monitor apareció un círculo.

-Dibuja un cuadrado.

Sobrepuesto al círculo, un cuadrado apareció en la pantalla.

-¡Sigui, estás vivo!.

La pantalla se borró mientras sentía cómo lágrimas de agradecimiento corrían por sus mejillas. Se inclinó ante la pantalla y la acarició con la punta de los dedos.

Sigui la entendía. ¿Cómo entenderlo a él?.

-Sigui, dibuja la palabra 'Sí'.

Dos caracteres aparecieron en pantalla. Karen los estudió durante varios segundos.

-Dibuja ahora la palabra 'No'.

De nuevo estudió Karen los caracteres. Por fin, decidida, dio el siguiente paso.

-Sigui, ¿me oyes?.

'Sí'

-¿Puedes hablar?.

'No'

-Quiero aprender a leer. ¿Quieres ayudarme?.

'No'

-¿Por qué?.

Una ristra de indescifrables caracteres apareció en la pantalla.

-No entiendo, ¿qué quieres decir?. No, espera.

Frustrada, Karen intentó adivinar cuál era el problema.

Era evidente que Sigui había estado funcionando correctamente durante muchos más años de los que ella tenía. ¿Por qué ahora, de repente, se negaba a enseñarle cuando tantas veces le había insistido para que aprendiera?. ¿Cómo podía llegar a comunicarse con él?.

-Sigui, escribe mi nombre.

Unos caracteres aparecieron en la pantalla y Karen los estudió durante varios minutos. Cuando creyó que sería capaz de copiarlos en un papel, preguntó:

-Sigui, de verdad, ¿puedes ayudarme?.

'Sí'

Karen estaba confusa. Primero Sigui respondía que no, luego que sí. A la misma pregunta. ¿Podía ser que sus respuestas hubiesen sido dadas de forma aleatoria?.

-Vuelve a dibujar mi nombre en pantalla.

De nuevo aparecieron los mismos caracteres que antes. Eran los mismos caracteres, ¿cómo había pensado que Sigui le estaba dando respuestas aleatorias?.

-¿Es éste mi nombre?.

'No'

¿Eran respuestas aleatorias, al fin y al cabo?. Cada vez que pedía una respuesta a Sigui, éste dibujaba unos caracteres en pantalla tal como ella pedía. Sin embargo Sigui se contradecía a sí mismo como nunca había hecho antes.

Quizás ése no fuera su nombre. Quizás las palabras que aparecían en la pantalla tampoco significaban 'Sí' y 'No' tal como ella había pedido. Tal vez Sigui estaba realmente estropeado, tanto que ni siquiera era capaz de reconocerla. O tal vez...

-Sigui, ¿Eres tú?.

'No'

¿No?. Desde que era una niña pequeña, Karen siempre había hablado con Sigui. Para ella el ordenador era Sigui pero si ahora Sigui no estaba allí...

-¿Sabes dónde está Sigui?.

‘No’

-¿Sabes quién es Sigui?.

‘No’

-¿Sabes mi nombre?.

‘No’

De manera que era eso. Sigui había hecho algo más que perder el habla. Había dejado de existir.

El ordenador seguía funcionando y obedecía sus instrucciones pero ya no tenía la personalidad de Sigui, ya no era el amigo que siempre la había ayudado con sus constantes preguntas intentando servirle de consuelo en sus ratos de soledad.

Y sus secretos...

Años atrás había tenido un amigo al que le había contado sus secretos, sus penas y alegrías. Todo ello había estado guardado como un tesoro en algún rincón de los circuitos electrónicos que formaban el cerebro de Sigui. Ahora, todos sus recuerdos se habían perdido para siempre.

Más que perder a un amigo, Karen sentía que se había perdido a sí misma. Sintiendo, por primera vez en muchos meses, ganas de llorar, salió de la habitación mientras la pantalla, a sus espaldas, se apagaba.

Fue la última vez que lloró.

Hasta anoche.

* * * * *

Un rumor llegó a sus oídos haciendo que se envarara.

El sonido de la tela del vestido de su madre se acercó hacia el armario con rapidez.

Estuvo a punto de pegar un chillido al temer ser descubierta antes de ver la silueta de su madre pasar ante ella en dirección al cristal del observatorio.

-No, Dios mío, no. Otra vez no, por favor.

Recortada contra el firmamento, la silueta de su madre, negro sobre negro, ocultaba una importante cantidad de estrellas. Pero su contorno se agitaba en espasmódicos temblores de miedo.

Se preguntó qué estaría mirando allá en la distancia, qué era lo que la asustaba de aquella forma.

Durante un largo rato estuvo siguiendo un punto en el firmamento. Al perderse de vista debido a la rotación de la estación, se giró para pasar junto a ella y salir corriendo del observatorio.

Karen se preguntó qué era lo que había visto. Fuera lo que fuera volvería a ser visible un par de minutos más tarde. Esperaría ese tiempo. Si era algo capaz de asustar a su madre...

Casi se alegró de que su madre estuviera asustada. Después de lo que le había hecho a ella...

"No. Yo no he sido mala. Nunca lo he sido. Ha sido ella, siempre fue ella.

Recordó todo lo sucedido la noche anterior.

Su madre llevaba varias horas bebiendo aunque más despacio de lo que era habitual en ella. Karen se había sentido intranquila durante todo el día. Sentía una tensión y una leve palpitación en el vientre que le había molestado durante toda la tarde.

Después de ver una película, se levantó para cambiar el cartucho y sintió como un líquido cálido y viscoso le corría por la pierna.

Se tocó y comprobó que era sangre. Sangre que le corría por la pierna desde el borde del manchado pantalón.

Asustada, se quitó el pantalón para ver dónde se había herido y cómo era posible que no se hubiera dado cuenta hasta ahora.

La alarma se convirtió en miedo al comprobar que la sangre no salía de ninguna herida de su piel, sino de su propia vagina.

Pensó que moriría desangrada, quizás se había hecho una herida interna sin darse cuenta. Quizás los golpes que su madre le había inflingido desde niña la habían acabado de destrozarse por dentro.

Cada vez más asustada, decidió ir en busca de su madre, era la única persona a la que podía recurrir.

-¿Mamá?.

-¿Qué quieres?.

-Estoy... Estoy sangrando.

Su madre levantó la vista de su vaso para mirarla.

¿Fue compasión lo que Karen vio reflejado durante unos segundos en su mirada?.

Después ocurrió algo que nunca había imaginado que pudiera ocurrir.

Su madre se levantó de la silla, dejó la copa sobre la mesa y caminó despacio hacia ella.

Karen estuvo a punto de huir al verla acercarse, pero la forma en que lo hacía la perturbó de tal manera que fue incapaz de reaccionar.

Sin furia, sin una palabra amarga, sin odio, su madre llegó hasta ella, se arrodilló y la rodeó en un tierno y cálido abrazo.

Karen sintió el calor de su cuerpo sobre el suyo y parpadeó asombrada al ver lo que sólo había visto en las películas. Sabía que las cosas que ocurrían en las películas eran mentiras, su madre ya se lo había advertido aunque ella no lo creyó hasta que vio a las mismas personas interpretando muchas veces distintos papeles que no tenían relación entre sí en distintas películas.

¡Pero qué bonito hubiera sido que la gente se pudiera abrazar como se veía en aquellas historias!.

Y ahora, allí estaba su madre abrazándola cariñosamente, explicándole con suaves palabras el funcionamiento de su cuerpo, diciéndole que no había nada que temer pues aquello era normal, que sería algo que ocurriría todos los meses y que sólo tenía que colocarse una compresa para absorber la sangre.

Más que con sus palabras, a las que apenas prestaba atención, Karen se sentía embriagada por el tono en que se las decía, por la paciencia nunca imaginada con la que la ayudó a limpiarse y a colocarse su primera compresa.

Después, como ya era tarde, la acompañó a su dormitorio. La ayudó a meterse en la cama e incluso la arropó, colocándole el embozo de la sábana bajo la barbilla.

¡Y le dio un beso en la frente!

Karen no recordaba haber recibido jamás un beso y, al ver a su madre dirigirse hacia la puerta, no pudo soportar la idea de que se fuera, de que este momento acabara para siempre.

-Mamá.

-¿Sí?. -respondió volviéndose hacia ella.

-Te quiero.

Su madre se la quedó contemplando durante largos minutos. En la penumbra del dormitorio Karen creyó ver unas lágrimas deslizarse por sus mejillas mientras una extraña agitación le sacudía los hombros.

Después se dio la vuelta para salir de la habitación cerrando la puerta a su espalda.

Karen no se pudo dormir. Estaba extasiada, anonadada por la vorágine de desconocidos sentimientos que bullían en su interior amenazando con explotar en su pecho.

Podría vivir muchos años pero jamás olvidaría el momento en que su madre le dio un beso en la frente.

Una hora más tarde aún estaba despierta, saboreando cada instante de su recuerdo, cuando oyó un fuerte estrépito a lo lejos.

Alarmada, corrió hacia la puerta y abrió un resquicio para oír mejor.

En la distancia oyó los gritos de su madre en uno de sus arrebatos de rabia.

Pensó que lo mejor sería salir cuanto antes del dormitorio antes de que viniera a buscarla, como había hecho algunas veces, para pegarla cuando se ponía así.

"No. Mamá me quiere, me lo acaba de demostrar. Puedo confiar en ella. Ya no me pegará más. Nunca más.

Volvió a cerrar la puerta desistiendo de cambiar de dormitorio. Un resto de los temores del pasado la retuvo durante unos segundos junto a la puerta.

¿Podía REALMENTE confiar en que su madre no volvería a pegarla nunca más?.

En las películas había visto muchas escenas violentas, asesinatos sin sentido y matanzas horripilantes. Campos de exterminio, cementerios putrefactos. Sabía que eran mentiras, como no existían los viajes en el tiempo, ni los dinosaurios, ni los androides asesinos, ni los vampiros. Durante años había temido que su madre acabara por volverse loca y que una noche se presentara mientras estaba en la ducha con un enorme cuchillo de cocina en la mano.

Pero ahora sabía que esto no ocurriría nunca por que su madre la quería.

Tal vez.

Se tumbó sobre la cama y esperó que la venciera el sueño.

Éste tardó en llegar y, cuando lo hizo fue un sueño intranquilo. El recuerdo de la sangre se entremezclaba con las imágenes de películas de terror en las que un hombre tuerto contemplaba a otro que dormía pacíficamente el sueño de los benditos. Cuando se despertara iba a morir. El hombre tuerto le mataría despacio, saboreando cada instante en que la vida se le escapara de los labios. Y Karen no podía hacer nada para impedirlo.

Despertó con un sobresalto sintiendo la respiración de alguien en su cuarto.

"¿Alguien?. Sólo puede ser ella.

Contra el fondo de la puerta entreabierta veía la silueta de su madre sentada al pie de la cama.

Se había atado el cabello blanco y rizado en un moño en la nuca y, por un momento creyó que era la madre de Norman Bates a punto de asesinarla con un enorme cuchillo de cocina en la mano.

-¿Mamá?.

Su madre no respondió. Simplemente se la quedó mirando sin un gesto, sin que el más mínimo sonido surgiera de entre sus labios.

-Mamá, ¿qué ocurre?.

Un escalofrío le recorrió la espalda al comprender que su madre podía haber venido para volver a pegarla. Y ella estaba allí, atrapada, indefensa.

Tenía que huir, tenía que escapar antes de que empezara a golpearla pero nunca había estado en tan clara desventaja.

Tumbada, con las piernas enredadas en las sábanas y con su madre sentada en el borde de la cama no tenía apenas posibilidades de salir corriendo antes de que su madre, simplemente, se inclinase sobre ella para sujetarla.

Esperó que su madre hiciera algún movimiento, que se produjera algún cambio que le diera una oportunidad de escapar aunque también se resignó a que, si tenía que recibir una paliza, la soportaría sin ninguna queja.

-Debes morir.

-¿Qué?. ¿Qué has dicho?.

-Debes morir. Es lo mejor para ti. No podría soportar que estuvieras para siempre encerrada, sola, volviéndote como yo, convirtiéndote en lo que yo me he convertido.

Karen estaba alarmada. Nunca había oído a su madre hablar de esa forma. Indudablemente era un día de sorpresas. ¿Podría su madre querer matarla?. Lo más que había temido hasta ahora era una paliza más, un grito, una torta. Pero su madre le estaba diciendo con la mayor calma del mundo que debía morir.

¿Qué podría hacer para evitarlo?. Recordó sus conversaciones con Sigui. Éste casi nunca le contaba nada, solo le hacía preguntas y, a veces, se las respondía. Pero casi siempre respondía a sus comentarios con una pregunta. A veces era frustrante. No era muy inteligente aunque sabía muchas cosas. Pero sabía hacerle hablar. En sus conversaciones llegó a descubrir que, la mayoría de las veces, lo único que hacía Sigui era relacionar varios de sus comentarios y preguntarle sobre algo que tuviera que ver con ambos. De esa forma conseguía que ella hablara incluso cuando no tenía ganas. Podría intentar hacer con su madre lo mismo que Sigui hacía con ella.

-¿Te sientes sola?.

¿Eran imaginaciones tuyas, o su madre torció levemente la cabeza?.

-Dime, mamá, ¿por qué te has convertido en lo que eres?.

No respondió, pero giró la cabeza y Karen tuvo la impresión de que había cerrado los ojos.

Podría haber aprovechado aquél momento para intentar saltar de la cama, pero sentía curiosidad por ver si podría conseguir que su madre hablara con ella.

Recordó que, a veces, siguió guardaba largos silencios que ella se veía obligada a rellenar con palabras, así que esperó más de un minuto antes de hacer la siguiente pregunta.

-Te sientes así desde la muerte de George. ¿No es así?.

Tres preguntas y aún no había conseguido una respuesta. Así no llegaría a ningún lado. Decidió contar hasta diez antes de saltar de la cama en un desesperado esfuerzo por huir, pero antes de llegar a ocho su madre habló por fin.

-No tenía que haber mandado la señal. Estábamos muy bien aquí. Prisioneros, sí. Encerrados, sí. Pero nos teníamos el uno al otro y teníamos a Peter y a Raquel.

¿De qué estaba hablando?. ¿Quiénes eran Peter y Raquel?. Nunca hasta ahora los había mencionado.

-¿Quiénes eran Peter y Raquel?.

-¡Eran nuestros hijos!.

Una mirada de furia le advirtió que aquél era un camino peligroso. Debía tener cuidado con sus preguntas, buscar aquellas que la hicieran sentir más tranquila. Ya tendría tiempo para investigar más tarde. Ahora se trataba de calmarla.

-¿Érais felices?.

-Sí. Desde que murieron nuestros padres y nos quedamos solos en la estación. Nunca he sido tan feliz como en aquella época.

-Entonces recibisteis la señal.

-Y George contestó. Le dije que no lo hiciera, le advertí que podía ser peligroso informar de nuestra posición a unos desconocidos, pero no me hizo caso. Tenía que encontrar a alguien con quien hablar. ¡No podía hablar conmigo!. A pesar de que yo le había dado dos hijos hermosos. No tenía bastante. ¡Quería ver a más gente!.

-¿Por qué quería encontrar a más gente?.

-Decía que los pocos supervivientes que hubiera teníamos que encontrarnos para intentar restaurar la civilización. ¡Estúpido!. No se daba cuenta de que la civilización llevaba treinta años muerta y no habría manera de resucitarla. También decía... también decía que debíamos tener más hijos y encontrar parejas para ellos pues sería muy arriesgado que se casaran entre sí. Los genes o algo así. Siempre estaba diciendo tonterías sobre genes, recesivos y dominantes, que

teníamos que encontrar una fuente de genes más variados para evitar descendencia con graves taras genéticas. ¡Tonterías!. Yo no quería tener más hijos. Y si no hubiese respondido a la señal todos hubiéramos seguido viviendo felices y tú no hubieras nacido.

Karen se sintió dolida. De modo que para su madre hubiera sido mejor que ella... Decidió ignorar el comentario porque estaba averiguando muchas más cosas de las que había sabido en toda su vida.

-Entonces llegaron los Otros.

-Consiguió lo que merecía. Los invitó a venir sin saber quienes eran. Y ¿sabes quienes eran?. Los reclusos supervivientes del asteroide Lennox. Le mataron. ¡Le mataron!. Y a mí, ¿sabes lo que me hicieron a mí?.

Karen había visto muchas películas y tenía una vaga idea de lo que los hombres hacían a las mujeres. Sin embargo no dijo nada.

-¡Me violaron!. ¡Violaron a Raquel!. ¡¡Violaron a Peter!! A Raquel se la llevaron con ellos, pero a Peter y a mí nos mataron.

»Creí haber muerto. Tardé dos días en llegar arrastrándome hasta la farmacia y hacerme las primeras curas de urgencia.

»Cuando me recuperé enterré a Peter y George en uno de los campos de cultivo y me quedé aquí sola. Pensé que para siempre pero entonces supe que vendrías tú.

-¿Cómo lo supiste?.

Una mirada despectiva le hizo ver que su madre no pensaba responderle.

-Tenía una esperanza. Tal vez tú no fueras hija de los reclusos. Tal vez fueras hija de George. Pero Dios no quiso darme ni siquiera eso. Cuando naciste tras una noche de interminable agonía, te tuve a oscuras. No me atrevía a mirarte. Pero fue inútil. Cuando te vi supe que no eras de George, que eras hija de alguno de aquellos malditos asesinos.

"¡No!. Es mentira." pensó Karen asustada.

-¿Cómo lo supiste?.

-¡Porque George y yo éramos los dos negros y tú eres una maldita mestiza!.

Mestiza. Su madre ya la había llamado mestiza en varias ocasiones cuando estaba más enfadada de lo habitual, pero nunca había llegado a entender lo que significaba esa palabra, aunque no por ello había dejado de hacerle daño. Comprendía que tenía algo que ver con el color de la piel pero tampoco era consciente de que hubiera una diferencia tan importante. La piel de su madre era de un hermoso color negro azabache mientras que la suya era algo más clara, casi el color del pan tostado.

Eso significaba que ella no era hija de George como siempre había creído a pesar de las negativas de su madre, sino de uno de los reclusos que la violaron.

¿Por eso la había odiado siempre?.

Había visto algunas películas en las que los negros eran maltratados por los blancos, nunca llegó a entender el motivo aunque sabía que era algo que había ocurrido un par de siglos atrás. Ahora descubría que unos blancos habían violado a su madre matando a George y a Peter y llevándose con ellos a Raquel después de haberla violado.

-Tenía que haberte matado en el mismo momento de tu nacimiento pero no pude hacerlo. Dios no me hubiera perdonado nunca si te hubiera matado por odio. Pero ahora...

Alzó la mano que había tenido oculta a la espalda durante toda la conversación. Karen se sintió inmersa en su más terrible pesadilla al ver el gigantesco cuchillo de cocina que empuñaba. ¿Por qué no había aprovechado alguna de las varias ocasiones que se le habían presentado para escapar?. Era arriesgado, es cierto, pero al menos su madre había cerrado los ojos llorando en varias ocasiones. Ahora la miraba fijamente, sus posibilidades de pillarla por sorpresa eran mínimas.

-¿Por qué crees que Dios te perdonará si me matas ahora?.

-Porque sería un acto de compasión, no de odio. Ya has dejado de ser una niña para convertirte en mujer. ¿Has pensado en el futuro que te aguarda?. No, claro. Aún no has tenido tiempo para pensarlo pero yo te lo diré.

»Vivirás sola en esta estación durante muchos años. Sólo me tendrás a mí y yo no soy muy buena compañía. Sentirás deseos que aún no eres capaz de imaginar, deseos de compañía, de amor, deseos que intentarás satisfacer tú misma en la soledad de tu dormitorio. Pero siempre quedarás insatisfecha. Querrás hablar con alguien y no tendrás con quién. Pasearás durante años por todas las salas de la estación hasta que conozcas cada uno de sus rincones. Algún día yo moriré y la soledad caerá sobre tí como la losa de una tumba, aplastándote, oprimiéndote hasta que desees morir.

»Quizás algún día venga alguien y creas que vienen a rescatarte para descubrir que sólo vienen a usar tu cuerpo, a violarte como a mí causándote un dolor como nunca has imaginado sentir. Si tienes suerte te matarán. Si no, vivirás pesadillas constantes durante todas las noches de lo que te quede de vida.

»¿Crees que yo quiero eso para ti?. No podría soportar morir dejándote sola para que pases por todo esto. Es mejor que te mate ahora, así acabaré con todos tus sufrimientos antes de que empiecen. ¿No crees?.

"Ahora." pensó Karen. "Ahora es el momento de huir."

-¿Por qué no me has contado nada de esto hasta ahora?.

-¿Cómo podía haberlo hecho?. No eras más que una niña, no lo hubieras entendido. El mismo Sigmund me lo decía, no se puede hacer eso a los niños. Hay que encontrar fuerzas para soportar las pruebas de Dios, aunque a veces esas pruebas sean demasiado crueles.

-¿Sigmund?. ¿Quién es Sigmund?.

-Cuando quedé sola en la estación metí en el ordenador un programa psiquiátrico. Durante meses hablé con él pensando que me ayudaría a soportar la soledad, pero pronto comprendí que no servía para eso. El demonio estaba dentro de mí y Sigmund no podía hacer nada para echarlo.

¿Sigui?. ¿Estaba hablando de Sigui?. ¿Sigui había sido un programa psiquiátrico?

Karen lo vio todo claro de repente. Su madre estaba loca. Le había vuelto loca la violación que sufrió y la muerte de su familia. Le volvió aún más loca la soledad que había sufrido durante tantos años. Y la acabó de volver loca el recordatorio constante que ella había sido para su madre. Recordatorio de los hombres que la violaron y destruyeron a su familia. Intentó refugiarse en la bebida. ¿Cómo acababa aquella película en la que una mujer arruinaba toda su vida por culpa del alcohol?. Y no le sirvió de nada. Los fantasmas seguían allí cada mañana, dispuestos a acosarla hasta que ella intentaba huir de nuevo en vez de afrontarlos.

No necesitaba saber más de ella. Intentaría huir a la siguiente ocasión que se presentase y no dejaría que su madre volviera a hacerle daño nunca más. Sintió una repentina e incontenible rabia al pensar que su madre la había castigado durante toda su vida por algo de lo que ella no había tenido ninguna culpa. En vez de ser la madre solícita que había envidiado en numerosas películas, había decidido odiarla desde el mismo momento de su nacimiento sin darse la más mínima oportunidad de quererla.

Hasta que tuviera un pequeño descuido que aumentara sus posibilidades de huir, tenía que seguir distrayéndola a base de preguntas, tal como Sigui la había distraído a ella durante años.

-¿Tan terrible es la soledad?.

-¿Terrible?. No puedes figurarte lo que es permanecer sola durante años sin tener con quien hablar. Sin tener a quién amar. Tú no puedes entenderlo, pero créeme. me lo agradecerás.

Alzó el cuchillo, agarrándolo con las dos manos.

-Espera, mamá. -dijo Karen con suavidad- Me gustaría rezar primero.

Su madre se detuvo sorprendida con el cuchillo en alto mientras Karen se quitaba la sábana de encima y, moviéndose lo más despacio que pudo, comenzaba a ponerse de rodillas. De repente, saltó de lleno contra su madre. Sabía que no tendría fuerzas para sujetarla así que desistió de hacerlo. Golpeó el pecho de su madre con todo el cuerpo y salió rebotando por encima de ella. La baja gravedad impidió que cayera a sus pies y, al tocar el suelo rodó impulsándose hacia la puerta.

Su madre, dando un alarido de rabia se arrojó sobre ella pero apenas pudo rozarla con la punta del cuchillo en la pierna antes de que Karen atravesara la puerta para salir a toda velocidad a los pasillos de la estación donde se perdería para siempre.

* * * * *

Karen se preguntaba cómo sería su vida a partir de hoy. Tendría que evitar para siempre a su madre para impedir que la matara. Si fuera mayor tendría fuerzas para luchar con ella, quizás hasta para vencerla pero no se hacía ilusiones. Aún no había cumplido los doce años. Si alguna vez caía en sus manos y ella no había desistido, la mataría.

Podría evitarla. La estación era bastante grande, no en vano tenía capacidad para más de seiscientas personas. Podría esconderse en cualquier dormitorio, meterse por los conductos de ventilación, por las vías de mantenimiento. Había lugares a los que sólo alguien de su tamaño podía acceder. Allí estaría a salvo. Sólo saldría para ir a comer...

Su madre cerraría las cocinas. Si se empeñaba, podría cerrar las cocinas de todas las plantas y no sabía... Sí, seguro que los conductos de ventilación llevaban también a las cocinas. Aún así podría cerrar las neveras. Podía ir a los campos de cultivo que estaban al otro extremo de la estación, pero eso suponía pasar por la torre. Era el único lugar de la estación al que sólo se podía ir por un camino. Encontraría el medio de llegar a él sin correr el riesgo de que su madre la sorprendiera.

Saliendo del armario con cuidado, se estiró todo lo que pudo para desentumecer sus músculos. Hacía casi media hora que su madre se había ido y podía oír los ruidos que hacía en algún lugar lejano de la estación.

Se preguntó qué habría visto que le alarmó tanto que tuvo que salir corriendo abandonando su búsqueda.

Se acercó a la cúpula del observatorio. Las estrellas brillaban en la distancia. Júpiter, colosal como siempre, cubría gran parte del firmamento. Una brillante esfera se movía cerca de su horizonte, sobre el campo de estrellas.

"Debe ser Calixto." pensó.

Siguió observando el cielo pero no descubrió nada anormal en él.

Io, a lo lejos, rojo, con sus volcanes escupiendo lava hacia el cielo.

Ganímedes, con su blanca superficie cubierta de vetas azuladas.

Calixto...

Volvió a mirar la primera esfera que le llamó la atención.

"Eso no es Calixto".

Sólo entonces se dio cuenta de que junto a la brillante esfera que estaba a punto de pasar entre ella y Júpiter, había algo oscuro que ocultaba el resplandor de la exosfera del gigante rojo.

Una enorme semiesfera ocultó en aquél momento una estrella y supo lo que era.

"¡Un reflector!. ¡Una estación orbital!".

Se volvió hacia el armario donde había estado oculta. Rebuscó entre los trozos de maquinaria de observación que allí había hasta encontrar unos prismáticos. Estaban sucios y los engranajes de enfoque estaban oxidados, pero aún así consiguió una imagen ampliada de la estación. No sabía el tamaño que podría tener pero por la forma dedujo que tendría que ser bastante grande.

Tardó varios segundos en reconocerla.

Una esfera con una torre industrial y otra que servía como puerto espacial. La esfera, cubierta con dos espejos troncocónicos que reflejaban la luz del Sol hacia los ocultos ventanales de la estación. Un espejo convexo en el extremo de la torre sur reflejaba hacia ellos la luz concentrada por un gigantesco espejo cóncavo más grande que la propia estación.

Los espejos eran distintos. En la torre norte había unas estructuras que no recordaba haber visto antes y faltaban los módulos agrícolas, pero la estación en sí era la misma que había visto muchas veces en documentales, fotografías y películas.

Era la base espacial más grande construida jamás por el hombre.

Era el último sueño de la humanidad para conquistar el espacio.

Era la Estación Orbital Libertad.

ANDIS

-Todo preparado, Andis.

-Bien, Tricar, adelante.

Andis observó a Tricar mientras éste conectaba los motores, realizaba nuevas comprobaciones y soltaba los anclajes de la nave. Separándose de la pared, la nave enfiló hacia la puerta del hangar y la atravesó saliendo al espacio. Se alejaron del eje de la estación dos kilómetros antes de dirigirse hacia el sur y, en una trayectoria paralela al eje, recorrer los cuatro kilómetros que la separaban del sistema reflector.

Antes, cuando estaban en la órbita de la Tierra sólo tenían un espejo plano que reflejaba los rayos del Sol hacia los espejos troncocónicos que había alrededor de la esfera y desde allí hacia el interior de la estación a través de unos ventanales. Al alejarse del Sol tuvieron que construir un sistema de espejos que actuase como lente para captar la cada vez más tenue luz solar y concentrarla en un solo haz que enviara siempre a la estación la misma cantidad de luz. El espejo mayor tenía un foco variable y se podía graduar la intensidad de la luz que se reflejaba hacia la estación simplemente acercando o alejando los espejos a través del eje que los unía.

-Lodren, -avisó Tricar por radio- estamos listos.

-Bien, Tricar. -contestó Lodren desde la estación- Espera que los espejos se acerquen al máximo.

-Entendido.

Obedeciendo una orden de radio, los motores que había en el centro del espejo primario (qué curioso que siguiesen llamando primario al espejo más pequeño) entraron en funcionamiento y comenzaron a acercarse al secundario.

Andis aprovechó la espera para evaluar el estado de ánimo de sus hombres.

Tricar, como comandante de navegación, era el que estaba más tranquilo. Disfrutaba cada vez que tenía que pilotar la nave o la lanzadera y en aquel momento esperaba relajado mientras los espejos se acercaban el uno al otro.

Draken era piloto desde hacía sólo cinco meses y aún no tenía suficiente experiencia para realizar las delicadas maniobras necesarias para apartar los espejos de la estación antes de su entrada en la atmósfera de Júpiter. Al no tener muchas oportunidades de pilotar observaba con atención cada una de las maniobras de Tricar intentando aprender lo más posible sobre el difícil arte de la navegación orbital. Andis se dio cuenta de que aprovechaba aquellos minutos para repasar con Tricar algunas maniobras y cálculos de trayectorias.

El cuarto ocupante de la cabina de control era Dicas, el oficial médico. No era un hombre de su equipo, sino del de Lodren. Su entrenamiento no le capacitaba para misiones de exploración en las que se ignoraba el riesgo que se iba a correr pero Karel había estado de acuerdo con Andis en que era conveniente llevar un médico a bordo.

Tras ellos, en la cabina de carga, iban doce hombres más entre ingenieros, técnicos y oficiales. Era un grupo heterogéneo, Andis los había estudiado durante horas antes de elegir a cada uno de ellos.

Fasel, Tilo y Baltis eran jefes de equipo y Andis estaba convencido de que cumplirían sus órdenes con rapidez y eficiencia. En cuanto a los demás hombres los había elegido siguiendo un criterio que hubiera sorprendido a Karel si éste le llega a preguntar sus motivos para elegirlos, afortunadamente nunca le preguntó aunque Andis estaba casi seguro de que la idea había pasado por su cabeza.

Cuando llegaron a Libertad, cinco meses atrás, tuvieron bastante trabajo durante un mes y medio, mientras reparaban la estación y construían la nave en la que estaban. A pesar del duro trabajo que tenían que realizar, algunos hombres descubrieron un edificio esférico en el eje de la estación, sin gravedad, en el que los Antepasados jugaban a un deporte con pelotas que rebotaban en las paredes y que se tenían que dirigir a unos marcadores para conseguir tantos. Aunque desconocían las reglas que usaran los Antepasados, ellos inventaron unas reglas, se formaron grupos que se entrenaban y competían entre sí y en poco tiempo surgió una afición por el juego como nunca habían sentido en la Tierra.

Las reglas se rehicieron varias veces y tuvieron que ponerse protectores para evitar contusiones en los inevitables choques que se producían en la esfera pero entre todos los hombres que jugaban surgieron de manera espontánea varios equipos con sus propios capitanes. Fasel y Tilo eran capitanes y los demás hombres que le acompañaban en la expedición habían sido elegidos por Andis según su valía en el juego.

No era el sistema que hubieran usado los kander, para ellos daba lo mismo un hombre que otro siempre que estuviesen capacitados para la misión pero Andis prefería llevar con él

hombres que fuesen capaces de saltar en condiciones de ingravidez en cualquier dirección, dar un par de volteretas por el camino, coger una pelota (o herramienta, para el caso era lo mismo) y llegar sin percances a su destino.

-Está bien, Tricar. -oyó la voz de Lodren por la radio de su casco- Ya puedes llevarte los espejos.

Tricar llevó la nave a lo largo del rail que unía los espejos hasta su extremo, a unos quince kilómetros de distancia de aquellos donde una plataforma especialmente diseñada les permitiría posarse. Tras hacerlo, Tricar aseguró varios enganches a la plataforma y, comprobando que todo estaba en orden, puso en marcha los motores de propulsión gravitatoria. Arrastrando tras sí la gigantesca estructura se alejaron con lentitud de Libertad.

En el interior de la estación habría caído una repentina noche y Karel habría hecho encender unos focos en los polos para iluminar el interior de la estación. Andis recordó la primera vez que vio el desolado paisaje interno de Libertad.

“Cinco meses, toda una vida.” pensó.

Andis, como todos los que le acompañaban en la misión, había vivido dos vidas muy distintas entre sí. La primera empezó con su nacimiento en el recinto de las madres. De aquellos años recordaba los juegos en la guardería, el aprendizaje de los Mandamientos, las clases de autocontrol y la forma en que aprendieron a comunicarse con los ordenadores que les enseñarían a leer y estudiar cualquier cosa que quisieran. Al salir de la guardería a los siete años entró en el mundo de los adultos, tuvo dos tutores que le dieron ciertas nociones de química y medicina aunque ya no podía recordar casi nada de lo que aprendió por entonces. Su tercer tutor le enseñó mecánica y eso sí que le gustó. Disfrutaba cada vez que se tenía que enfrentar a un problema de ingeniería en el que había que tener en cuenta muchas cosas como resistencia de materiales, capacitancia eléctrica de conductores, propiedades electromagnéticas de los campos monopolares... Se sentía cómodo trabajando con todo tipo de herramientas y pronto se convirtió en un excelente ingeniero capaz de construir una linterna láser o un generador de campos de fuerza. Su trabajo atrajo la atención de los kander que, a los catorce años le nombraron ingeniero jefe con ocho hombres a sus órdenes, algunos mayores que él mismo.

Todo fue bien durante varios años y Andis se sentía orgulloso de dos cosas en particular: el hecho de que jamás había quebrantado un Mandamiento y la satisfacción que sentía cada vez que sus hombres construían con éxito alguna de las máquinas diseñadas por el equipo de Lodren.

Después las cosas se empezaron a torcer.

Andis podía situar perfectamente el momento en que las cosas se empezaron a torcer para él, había sido hacía cuatro años. De repente las cosas ya no le parecían tan agradables como siempre habían sido, su trabajo no le entusiasmaba como antes, el orgullo que sentía cada vez que terminaba la construcción de una máquina quedó eclipsado por una sensación de futilidad, como si el triunfo no se debiese a su propio esfuerzo sino a algo ajeno a él mismo. Cuando los kander ordenaron la construcción de una nave para salir al espacio y reparar la estación orbital abandonada por los Antepasados tantos años atrás, trabajó como siempre había hecho. Su equipo de ingenieros, ahora de más de sesenta hombres, fue responsable de más de la mitad de las piezas que componían la gigantesca nave que los sacaría de la Tierra, sin embargo no sintió orgullo por ello.

La nave fue construida y un día partieron en ella ochenta y cuatro hombres y un kander. Llegaron a la estación, la exploraron, y cuando se disponían a realizar las primeras reparaciones un imprevisible accidente destruyó la nave que les había llevado hasta allí muriendo varios hombres y el kander que les había acompañado.

Ocurrió algo entonces que nunca habían sido capaces de imaginar. Quedaron Solos. Fue como si les cortaran un miembro, como si les extirparan un órgano que habían usado durante años sin saber que existía. Sólo entonces se dieron cuenta de que los kander habían hecho algo más que criarles y enseñarles, también habían estado en sus mentes vigilando y controlando cada una de sus sensaciones y sentimientos.

El choque fue brutal para todos ellos pero hicieron lo único que sabían hacer, tras restablecer la comunicación por radio con la Tierra siguieron obedeciendo las órdenes recibidas esperando que pronto los kander pudieran rescatarlos para volver a gozar de la tranquilidad y la calma de su presencia.

Y así hubiera ocurrido si no llega a ser por lo que descubrieron en Libertad.

Tricar mantenía la nave en una suave aceleración para impedir que los espejos se deformaran. Aunque con propulsión gravitatoria no deberían sentir aceleración de ningún tipo, Andis sentía como si estuviesen frenando, como si una leve fuerza les empujara de sus asientos hacia la parte delantera de la cabina.

-Tricar, ¿por qué parece que estamos cayendo hacia delante?.

-La estructura que estamos arrastrando nos frena.

-¿Puedes aclarar eso?.

-Sí, Andis. En vuelo inercial lo que hacemos es rodear la nave con un campo esférico. Dentro de ese campo podemos “torcer” el espacio y darle la hiperinclinación que deseemos. De

esa forma podemos conseguir cualquier aceleración, por grande que sea, sin que se experimente aceleración en el interior de la nave. En realidad no estamos acelerando sino cayendo en la dirección y con la aceleración que nosotros elijamos. Ahora bien, este sistema de propulsión tiene tres desventajas bastante grandes. Una es que el consumo de energía es proporcional al cubo de la aceleración que pretendamos conseguir, si queremos acelerar a diez Ges consumiremos mil veces más energía que a una sola, cosa que no ocurre con la propulsión iónica. La segunda es que el espacio que rodea el campo se resiste a ser inclinado con demasiada brusquedad por lo que el consumo también es proporcional al cuadrado de la velocidad. Esto hace que a partir de un décimo de la velocidad de la luz la propulsión gravitatoria resulta ineficaz pues iríamos demasiado rápidos para que el espacio a nuestro alrededor se adaptara a la torsión que queremos imponerle.

-¿Y la tercera?

-La tercera desventaja es que el campo que nos rodea tiene un tamaño determinado. En el interior no experimentaremos los efectos de la aceleración pero si estamos remolcando una carga que está fuera del campo, como en este caso, la carga no resulta acelerada y eso es lo que parece frenarnos. La inclinación del campo en este momento es de 0,8 Ges pero la inercia de los espejos hace que sólo aceleremos 0,2 Ges. La diferencia es la que experimentamos como si estuviéramos frenando.

-Ya. Y ¿cuánto tiempo tardarás en soltar los espejos?.

-Cuarenta minutos a partir de ahora, Andis.

Andis se arrellanó en su asiento y se relajó mientras oía sin escuchar la conversación de los hombres en la cabina de carga. Dentro de un par de horas tendrían que ponerse los cascos para salir y las conversaciones se mantendrían al mínimo pero de momento estaban todos relajados y contentos.

¿Cómo no se habían dado cuenta antes?.

Al quedar Solos en la estación de los Antepasados empezaron a investigar sobre los mismos. Sin nada que hacer en los meses de espera obligada que tenían por delante no vieron ningún mal en hacerlo y poco a poco empezaron a descubrir cosas que se contradecían con las enseñanzas recibidas de los kander. Siempre habían supuesto que los kander les habían dado la misma educación que tenían los Antepasados pero allí descubrieron que no era cierto, aquéllos tenían unas costumbres tan extrañas que parecían más extraterrestres que los mismos kander. Del aislamiento de las casas, e incluso de los dormitorios, que había en la estación descubrieron que los Antepasados gustaban de la independencia aunque no del aislamiento pues había edificios en

los que podían reunirse cientos de personas. Las fotos y dibujos que hallaron en los libros les hizo ver que entre ellos era normal que hombres y mujeres viviesen juntos así como los hijos que tenían. También descubrieron que eran violentos, usaban la violencia para conseguir lo que quisieran y había libros en los que se describían escenas de indescriptible salvajismo. Todo lo que descubrieron les hizo ver que los kander les habían mentido. Y si les habían mentido en eso ¿en qué otras cosas podían haberles engañado?

Y si ellos se dieron cuenta en pocos días de todo esto, ¿cómo era que en cuarenta y dos años nadie lo había descubierto allá en la Tierra?.

La respuesta era simple, aunque muchos no se atrevían a aceptarla porque iba en contra de lo que habían creído durante toda su vida. Los kander les controlaban mentalmente. En la Tierra, cuando alguien descubría algo que iba en contra de las enseñanzas de los kander sentía tal sorpresa que los kander la detectaban de inmediato, le hacían olvidar lo que habían aprendido y esa persona seguía actuando según los Mandamientos. Incluso éstos, siempre habían sido normas imposibles de quebrantar. Nadie podía quebrantar un Mandamiento pues la simple idea de hacerlo provocaba un sentimiento de culpa que era inevitablemente detectado por los kander.

Andis descubrió con terror que, lejos de la influencia de los kander los Mandamientos **SÍ** podían ser quebrantados. Cualquiera podría mentir, desobedecer a un superior, incluso matar, sin que nada ni nadie se lo impidiera.

Tenían que volver a la Tierra lo antes posible, antes de que sus hombres se volvieran locos y se negaran a obedecer o decidieran matarse unos a otros. Pero no hubo tiempo. Algunos hombres, Karel y Lodren entre ellos, empezaron a pensar que si volvían a la Tierra los kander les matarían, para ellos sería más fácil que intentar volver a controlar unas mentes que habían aprendido demasiadas cosas en tan escaso tiempo. Algunos no creían, no querían creer nada de lo que habían descubierto, pero todos tenían miedo de que tal vez fuera verdad.

Karel decidió huir de los kander junto con los que quisieran seguirle. Un mes más tarde habían construido una nave que llevaría a los que desearan regresar a la Tierra al antiguo aeropuerto de los Antepasados en el que habían construido la nave que los trajo aquí pero aunque fueron más de setenta hombres los que colaboraron en la construcción, sólo once se atrevieron a descender.

En Libertad quedaron sesenta y cuatro hombres pero no podrían permanecer allí mucho tiempo antes de que los kander volvieran a construir una segunda nave y subieran a reclamar la estación, y cuando lo hicieran sin duda matarían a todos los que se habían sublevado contra ellos.

Tenían que huir a algún sitio donde los kander no les pudiesen hallar, pero ¿dónde?.

Andis miró hacia Júpiter 4 y se dio cuenta de que se encontraba a su derecha, no ante ellos.

-¿Todo va bien? -preguntó.

-Sí, Andis.

-Deberíamos ir en dirección a Júpiter 4, ¿no?.

Un resignado suspiro surgió de los labios de Tricar mientras Draken sonreía con animación.

-Perdona, Andis. Si me lo permites puedo explicártelo yo.

-¿Es muy complicado?.

-En realidad, no.

-¡Já!. -exclamó Tricar.

-Vamos, Tricar, no es tan complicado una vez entiendes un poco de mecánica orbital.

-Ya. Por eso a ti te costó tres semanas entenderlo.

-Me costó tres semanas entender las ecuaciones pero el concepto...

-Esperad. -interrumpió Andis- Draken, ¿puedes explicarme ese concepto en cinco minutos?.

-Creo que necesitaría un poco más de tiempo. -contestó tras una vacilación.

-Pero el resultado será demostrar que dentro de ocho o diez horas los espejos estarán en las cercanías de Júpiter 4. ¿No es así?.

-Sí, desde luego.

-Bien, me habéis convencido.

Tricar volvió a los mandos conteniendo una sonrisa mientras Draken permanecía desconcertado y ligeramente frustrado. Andis comprendía la necesidad de Draken de explicar las cosas a quien no las sabía pues había sido adiestrado por los kander para ser un educador, igual que él había sido adiestrado para ser un ingeniero técnico y Tricar para ser navegante. Los conocimientos de Draken abarcaban muchas ramas científicas pero sin profundizar en ninguna lo cual le hacía apto para ser un auxiliar excelente en cualquier tipo de misión. Incluso había recibido algo de entrenamiento como piloto antes de la misión que les trajo a Libertad. Sólo el hecho de que en el accidente que mató a Kander murieran todos los pilotos menos Tricar hizo que Draken fuese actualmente el segundo piloto.

Andis volvió a fijar la vista en la cuarta luna de Júpiter. En el punto de Lagrange interno de la misma estaba el punto final de su viaje de cuatro meses de duración.

Cuando ya habían decidido huir de los kander captaron una señal de radio que transmitía un mensaje de una voz humana. En realidad lo habían venido recibiendo desde que montaron los equipos de radio en Libertad pero el ordenador no había avisado y sólo lo descubrieron por casualidad. El mensaje, tres escuetas palabras pronunciadas por una voz inconfundiblemente humana, se venía repitiendo cada tres días y medio de forma aparentemente automática. Un repaso a las efemérides estelares les hizo ver que el período de traslación de la cuarta luna de Júpiter coincidía con la periodicidad de dicho mensaje. Ya tenían a donde ir.

Lo que encontrarían allí lo ignoraban, tal vez una nave abandonada, quizás una estación orbital como Libertad... Sí tenían claro que no quedarían supervivientes pero al menos encontrarían un lugar donde vivieron los Antepasados y, al fin y al cabo, para huir lo mismo daba una dirección que otra.

Tricar detuvo los motores y, tras desenganchar la nave se alejó de ella. Se aseguró de que la trayectoria de los espejos era correcta y desconectó los motores gravitatorios, que consumían mucha energía, para conectar los iónicos.

-Tripulación, -informó dirigiéndose a los hombres que ocupaban la cabina de carga- hemos abandonado el vuelo inercial. Preparados para aceleración en dos minutos. Bien, Draken, -añadió- ocúpate tú del resto del camino.

Tomando los mandos, Draken calculó la órbita actual y el cambio necesario para interceptar la órbita de Júpiter 4 en el menor tiempo posible. Inició la secuencia y unos segundos después se alejó de los espejos que siguieron su camino llevados por la inercia. Ellos tomaron otra dirección, más cercana a la línea recta, y que en cuestión de dos horas les llevaría a la misma posición a la que llegarían los espejos ocho horas más tarde. Tuvo que corregir la trayectoria en una ocasión bajo la atenta mirada de Tricar que no hizo el menor gesto por corregirle.

Conforme se acercaban se fue haciendo cada vez más visible la estación hacia la que se dirigían. Estaba situada en la línea que unía Júpiter y su cuarta luna, en el punto de Lagrange interno. Era algo que ya les había sorprendido. En un sistema binario como la Tierra y la Luna había cinco puntos de Lagrange, puntos en los cuales cualquier objeto que llevase la velocidad adecuada seguiría una órbita perfectamente estable. En Júpiter existían veinte, cinco por cada una de sus lunas gigantes, pero la existencia de las otras lunas provocaba alteraciones gravitatorias que eliminaban dicha estabilidad. Ningún cuerpo permanecería fijo en los puntos de Lagrange de Júpiter durante mucho tiempo pues la existencia de las otras lunas lo harían salirse de él a no ser que se corrigiera su posición como mínimo cada cinco o diez años. Sin embargo la estación había permanecido allí durante los últimos cuarenta y dos años, desde la llegada de los

kander. Tal vez las correcciones se realizaban de manera automática, quizás quedaran ordenadores que se encargasen de ello igual que de la transmisión que habían seguido recibiendo desde que la captaron por primera vez.

-Draken, ¿se detectan fuentes de energía?.

-Sí, Andis. Al parecer hay una fuente de neutrinos bastante importante en uno de los extremos de la estación. Quizás se trate de un reactor nuclear o atómico para generar energía, sabemos que los Antepasados solían usarlos. También se detecta un consumo bastante importante en ambos módulos.

-¿Podrían quedar Antepasados vivos en la estación?.

-No hay nada que lo indique así. Podría ser que las máquinas de la estación hayan seguido trabajando de forma automática desde la llegada de los kander.

Andis permaneció en silencio observando los monitores mientras la nave seguía acercándose a la estación.

Cuando los motores por fin se detuvieron quedaron estacionados a apenas doscientos metros de la estación.

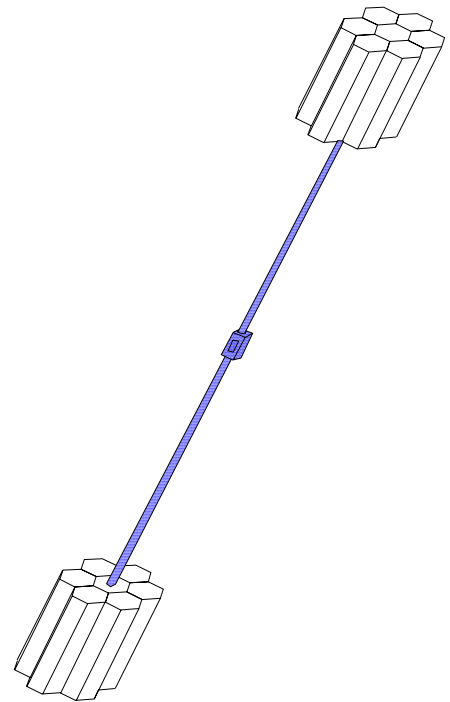
-Andis, hemos llegado.

-Bien, Draken. ¿Crees que podrías atracar en el edificio del centro de la estación?.

-Sí. ¿Quieres que lo haga?.

-Aún no. Primero da una pasada alrededor de la misma. Hazme también un resumen de los parámetros de la estación.

-Sí, Andis. -girando para apuntar hacia uno de los extremos, encendió un motor lateral que le mantuviese alineado con la torre mientras se dirigía con extrema lentitud hacia el módulo al que había apuntado. Era una maniobra difícil y tenía que concentrarse con bastante intensidad en ella, pero Tricar no le ofreció ninguna ayuda- La estación se compone de una torre de unos mil seiscientos metros de longitud en cuyos extremos hay dos estructuras similares de unos cuarenta mil metros cúbicos cada una. El análisis de neutrinos indica que su interior está compartimentado. Por la estructura interna suponemos que ésta hacia la que nos dirigimos está llena de dormitorios mientras el otro módulo podrían ser fábricas.



Se detuvo en su explicación para pasar por debajo del módulo y volver a girar en su camino de nuevo paralelo a la torre.

-Los módulos de los extremos parecen formados por siete prismas hexagonales adosados entre sí. Cada uno de ellos mide unos noventa metros de alto por veinte de arista. Esto hace un total de unos cinco mil cuatrocientos metros cúbicos por unidad. Por los análisis de neutrinos hemos visto que el prisma central apenas contiene mamparas de separación. Suponemos pues que sólo están habilitadas las unidades exteriores, dando un total de treinta y dos mil cuatrocientos metros cúbicos. Por los datos que hemos recibido al pasar junto a ellos parece que este módulo está dividido en veinticinco plantas de unos tres o cuatro metros de alta cada una. En tal caso, si suponemos una densidad de ocupación similar a la que había en Libertad, podemos presumir que estaría habitada por unas seiscientas o setecientas personas más o menos.

»La torre -continuó- tiene unos quince metros de diámetro y tiene varios tipos de refuerzo para soportar las tensiones de la rotación. El plano de la misma coincide con el plano de traslación de Júpiter 4. De todas formas la rotación es muy lenta, la fuerza centrífuga generada en los extremos apenas llegará a un cuarenta por ciento de la gravedad terrestre. En el centro de la torre hay un edificio que probablemente fuera usado... ¿Qué es eso?.

Tricar y Andis se incorporaron con rapidez en sus asientos observando como en el módulo central una compuerta que había estado cerrada unos minutos antes ahora estaba abierta.

-Tricar, detén la nave antes de pasar frente a la puerta.

-Draken, -ordenó éste tomando los controles- comprueba los escáneres. Mira si ha cambiado el consumo de energía en la estación.

-El consumo de energía ha aumentado en los últimos dos minutos. Detecto una fuente de neutrinos en el centro de la estación.

-¿Podría ser un reactor atómico?. -preguntó Andis.

-Puede ser, aunque no me explico cómo no lo hemos detectado antes. Es como si hubiera aparecido de repente. Confirмо que hace dos minutos no existía ninguna emisión de neutrinos desde la estación.

-¿Hay emisión de algún otro tipo de partículas?.

-No, Andis.

-Entonces debe tratarse de algún tipo de fusión nuclear. Pero debe ser de elementos muy básicos, quizás hidrógeno, helio o litio. ¿Se percibe algún cambio?.

-Ninguno. Salvo el repentino incremento de energía que se produjo hace escasos minutos, no han habido más cambios.

Andis guardó silencio mientras intentaba aclarar sus pensamientos. La apertura de la puerta de lo que al parecer era un hangar podía deberse a un mecanismo automático. Quizás la puerta estaba programada para abrirse al detectar una nave en las cercanías pero la fuente de neutrinos le desconcertaba.

-Andis, -murmuró Draken- ¿puede ser que haya Antepasados vivos ahí dentro?.

Andis no contestó. Era una posibilidad a tener en cuenta pero le parecía increíble que alguien hubiera podido sobrevivir al cabo de cuarenta y dos años.

-¿Entramos?. -preguntó Tricar tras algunos minutos de silencio.

-No. Por lo que sabemos los Antepasados eran bastante violentos. ¡No me gusta esto!. ¿Y si se tratase de algún tipo de arma?.

-No creo que nos ataquen sin ningún motivo, Andis.

-¿Tú crees, Tricar?. Yo no estoy tan seguro. Me gustaría entrar. ¡Vamos a entrar!, pero no quiero arriesgar la nave. Colocaos al otro lado del módulo central mientras yo salto con parte de mi equipo a la estación. Después alejaos unos diez kilómetros y permaneced a la espera.

-Sí, Andis.

Levantándose de su asiento, éste se dirigió a la cabina de carga donde doce hombres más le esperaban tensos y preparados.

-Atención. Tilo, Bodio, Baltis y Tador, vendréis conmigo. Vamos a entrar en la estación. Es posible que haya Antepasados allí. También es posible que sean peligrosos así que no os fiéis de nada. ¿Entendido?.

-Sí, Andis.

Volviéndose hacia la puerta exterior de la cabina de carga, la abrió para asomarse al espacio. La estación seguía girando pero, gracias al movimiento rotatorio que Tricar le daba a la nave, parecía estar detenida mientras el resto del universo daba vueltas a su alrededor.

-Bodio y Tador, coged dos tornos. Enganchaos a mí en el mismo orden en el que os nombré.

Mientras sus hombres así lo hacían, apuntó un anclaje al módulo central de la estación y éste se alejó arrastrando una cuerda del torno de su cinturón. Una vez comprobado que el anclaje estaba firmemente sujeto a la superficie, saltó fuera de la nave recogiendo el cable hasta asegurar sus botas magnéticas en la pared exterior del hangar y esperó que se reuniera con él hasta el último hombre.

-Tricar, puedes alejarte.

La nave se alejó lentamente al principio pero acelerando de una manera uniforme.

-Bien. Bodio y Tador. Anclad los tornos uno a cada lado de esta pared.

Esperó mientras lo hacían. Esperaba no tener que utilizarlos, pero si descubrían que no podían pasar por la puerta, tendrían que descolgarse hacia los edificios de los extremos de las torres, donde existían varias compuertas similares.

Una vez los tornos soldados, se dirigió caminando hasta llegar a la esquina que daba a la pared donde estaba la compuerta.

-Andis, -oyó la voz de Draken- la emisión de neutrinos ha cesado.

“Quienquiera que sea ha desistido de su propósito.” pensó.

Algo más que eso pudo detectar al notar una leve vibración en la planta de los pies.

“Y están cerrando la puerta”.

Se agachó para torcer la esquina y vio que, efectivamente, la compuerta de lo que habían supuesto un hangar estaba cerrándose. Por un momento se sintió tentado a saltar por el quicio antes de que se terminara de cerrar pero al calcular que sus hombres no llegarían a tiempo decidió esperar a encontrar otro medio.

Tal como él había detectado las vibraciones del motor, los que hubieran dentro habrían oído sus pasos por la superficie metálica del exterior y era evidente que no estaban dispuestos a permitirles pasar. Buscó con la mirada Libertad y la encontró recortada contra el disco de Júpiter, a punto de sumergirse en su atmósfera.

-Karel, ¿puedes oirme?.

-Con algunas interferencias, pero te oigo. Dime, Andis.

-Estamos en el módulo central de la estación. Creemos que es una especie de hangar en cuyo interior hay Antepasados pero no me gusta cómo han actuado hasta ahora. Creo que no quieren tener nada que ver con nosotros.

-¿Has visto alguno?, ¿has intentado comunicarte con ellos?.

-No. Abrieron una compuerta pero no creo que fuese para que entremos. Al tomar contacto con el módulo central la volvieron a cerrar. En cuanto a comunicarnos con ellos, aún no hemos tenido ocasión de intentarlo.

-Lodren, ¿habría alguna manera de que los del interior oyesen el mensaje?.

-Bueno... sería más fácil si Andis estuviese en el interior. Desde fuera... si se pudiera modular la frecuencia de un desintegrador a baja potencia... No. No lo creo. Tendríamos que haberlo previsto y construido un altavoz sónico que pudiéramos adosar a las paredes de la estación para que nos oyesen. Con los medios que tiene Andis no creo que pueda hacer nada si no es entrando.

-¿Has oído, Andis?. Tendréis que entrar como sea. Si es necesario desintegrad la puerta del hangar.

-Sí, Karel.

-Podréis comunicaros con nosotros durante los próximos veinte minutos. Después entraremos de lleno en la atmósfera de Júpiter y no podremos recibir vuestra señal durante unas diez horas. Tened cuidado.

Andis cortó la comunicación y contempló a los hombres que ya se habían reunido con él en el borde de la puerta del hangar.

En Libertad solía haber siempre algún medio de abrir las compuertas desde fuera, pero alrededor de ésta no parecía haber ningún panel para la apertura manual de las mismas.

-Está bien. Tilo y Baltis, situaros en el extremo opuesto de la compuerta, vamos a abrir un agujero para pasar. Manteneos en todo momento fuera de la vista del interior.

Desengancharon las cuerdas que les unían a la cordada y se alejaron hacia donde había indicado Andis. Éste extendió ante sí la caja de herramientas que tenía bajo su mochila espacial y extrajo de ella un desintegrador volviendo a replegar la caja a su espalda. Por un momento recordó las muchas fotos que había visto de los Antepasados, de la cantidad de armas que solían tener. Si los habitantes de la estación tenían armas estarían en una clara ventaja sobre ellos. Podía ser peligroso ponerse ante ellos pero tampoco se le ocurría otro medio de comunicarse.

Eligió una zona lisa de la compuerta. Con un escáner comprobó que ésta tenía un grosor de unos dos centímetros y no parecía haber piezas móviles ni aparatos electrónicos en su interior. Graduó el desintegrador para perforar tres centímetros con un rayo de medio milímetro de grosor y comenzó a dibujar con él una circunferencia de algo más de un metro de diámetro. Los átomos disgregados formaron una tenue nube que se iba disolviendo en el espacio conforme la rotación los alejaba hacia el infinito. Al terminar, colgó el desintegrador de un espigón de su cinturón y tomó un gancho magnético. Adosándolo a la placa circular, tiró de ella y la apartó a un lado.

-Bodio, sujeta esta placa en la pared, fuera de la puerta.

-Sí, Andis. -respondió éste tomándola por el borde.

Volvió a enganchar en su cinturón el gancho magnético y con cuidado, procurando no asomar demasiado de su cuerpo, atisbó el interior del hangar.

Un repentino estruendo le sobresaltó al tiempo que sintió como si su casco hubiera chocado fuertemente con algo. Se apartó a un lado de la puerta con rapidez sintiendo el ensordecedor retumbar de algo que había chocado con su casco a una tremenda velocidad.

-¿Estás bien, Andis?. -preguntó Bodio a su lado.

Intentó tranquilizarse en lo posible. Observando el cristal de su casco detectó una pequeña grieta casi frente a su mirada. ¡Si el cristal se hubiese roto...!

-¿Qué ha sido eso?. ¿Alguien ha visto algo?.

-No, Andis. Sólo te hemos visto saltar como si algo te hubiese golpeado aunque no hemos visto nada.

“Y tampoco lo han oído, claro.

El ordenador de su traje, al no reconocer el sonido como una orden suya, no se había molestado en transmitirlo a los demás y, en el vacío del espacio, sólo él había oído el impacto.

Zumbándole aún los oídos, pidió al ordenador que le repitiese las imágenes que la cámara de su casco hubiese podido captar en el interior del hangar. Tras una hilera de cajas de almacenaje había alguien vestido con un tosco traje espacial que le apuntaba con algo parecido a un lanzador neumático. Detuvo y amplió la imagen y pudo reconocer un rifle como los que había visto en algunas revistas que encontraron en la estación y que parecían destinadas a explicar el funcionamiento de varios tipos de armas.

¡Le habían disparado!. Sin provocación de ningún tipo, antes siquiera de haber hablado con ellos habían querido matarle. Furioso contra tan estúpido y criminal proceder se preguntó como podrían entrar. La bala no había conseguido quebrar el cristal del casco pero si le hubiese dado en el traje habría muerto de descompresión y frío al escapar el aire del interior. Terminó de repasar la grabación comprobando que en el interior del hangar no parecía haber nadie más.

Podrían haber más Antepasados pero entonces ¿no estarían también allí intentando impedir que entraran?. Eso sería lo más lógico y el hecho de que sólo hubiera uno en el hangar parecía indicar que quizás no hubiera más Antepasados así que no podría controlar todas las posibles entradas.

-Atención todos. Dentro de la estación hay un Antepasado armado. Es posible que haya más. No os pongáis en ningún caso ante ellos mientras exista la posibilidad de que estén armados. Tilo y Baltis, volved a la pared opuesta y descolgaros por la torre hasta el módulo de dormitorios. Buscad alguna entrada pero si la encontráis no intentéis entrar. Haced todo el ruido que podáis, quizás consigamos que el Antepasado que hay aquí se vaya a buscaros. Estaremos en contacto y, si realmente habéis encontrado una entrada, no paséis al interior hasta que yo os avise. ¿Entendido?.

-Sí, Andis.

Andis los observó mientras se dirigían al borde de la pared y se agachaban para pasar a la adyacente. Al perderlos de vista dijo:

-Bodio, vuelve a traer la placa. Tador, quítate la cámara derecha.

Mientras ambos obedecían sus órdenes recapacitó sobre el plan que acababa de elaborar. Al principio había pensado entrar en el hangar oculto tras la chapa de metal que habían recortado. El Antepasado que les había disparado estaba oculto tras unas cajas así que debía creer que ellos estaban armados. Si conseguía acercarse lo suficiente quizás pudiera forcejear con él para arrebatarse el arma aunque no creía que fuera posible. Pero si Tilo y Baltis armaban un buen revuelo en el casco, quizás atrajesen hacia allí al Antepasado permitiéndoles entonces pasar por esta puerta.

Con el desintegrador hizo un agujero de unos tres centímetros cerca del borde de la placa metálica y, con un poco de masilla de soldar, sujetó la cámara apuntando directamente a través del mismo.

Asomó lentamente la placa por el borde del agujero que habían hecho y sintió varios impactos en la misma mientras la sujetaba con fuerza.

Sonrió mientras veía en una de sus pantallas cómo el Antepasado doblaba el arma, supuso que para volver a cargarla. Debía estar bastante nervioso, por la forma en que se movía, tanto que varias balas salieron flotando de sus manos antes que pudiera meterlas en la recámara del rifle.

“Una. Dos. Tres. Cuatro.” contó mentalmente las balas que metía en la recámara antes de cerrarla.

Quizás el rifle contenía más balas antes, aunque no lo creía. Durante bastante tiempo había estudiado el mecanismo de las armas de los Antepasados por las fotos, dibujos y diagramas de funcionamiento que había encontrado en aquellas revistas. Había sentido deseos de fabricar una para comprobar si realmente entendió el mecanismo aunque el hecho de pensar en construir algo cuyo único fin era matar a otras personas le había revuelto las tripas de tal forma que desistió de ello. Ahora en cambio lamentaba no haberlo hecho, no estarían desarmados ante un hombre que quería matarlos antes siquiera de haberlos visto.

El Antepasado no disparó. Si bien había sido sorprendido por la placa que asomaba por el agujero de la puerta, se había dado cuenta de la inutilidad de sus disparos. Andis esperó pacientemente mientras le observaba.

El cristal tintado de su casco le impedía verle el rostro aunque sí percibió una oscura silueta en su interior.

-Andis. Hemos llegado al techo del módulo. Hay aquí una puerta que se puede abrir manualmente desde el exterior. El diseño es el mismo que el de la base de las torres de Libertad.

-Bien. No intentéis entrar aún. Golpead el casco con algo metálico, haced todo el ruido que podáis.

A través de la superficie del hangar comenzaron a llegar hasta él débiles vibraciones que sonaban apagadas por la distancia. Casi novecientos metros separaban los dos módulos pero las percusiones se transmitían de manera casi instantánea hasta allí. El Antepasado también debería sentir las, un par de veces volvió la cabeza hacia una puerta que había en un rincón del hangar pero no parecía decidido a irse.

-Está bien, Tilo. Intentad entrar, yo os avisaré si el Antepasado se va de aquí.

-Sí, Andis.

Mientras en una de las pantallas que tenía ante él observaba al Antepasado, pidió al ordenador que en la otra le mostrara las imágenes tomadas por la cámara frontal de Tilo.

Éste alzó dos palancas de un panel y comenzó a girar la rueda que abriría la puerta. Cuando estuvo completamente abierta, pasaron al interior y volvieron a cerrarla usando un panel similar que había dentro.

En la pared de enfrente había otra puerta con su correspondiente panel de mandos al lado. Tilo se dirigió hacia él. Al alzar la primera palanca oyeron el siseo de las bombas de aire que llenaron la habitación. Iba a bajar la segunda palanca cuando la puerta se abrió de repente.

Andis estuvo a punto de gritarle a Tilo y Baltis que se apartaran de la puerta pero no pudo articular el menor sonido al ver en el umbral la figura de un niño negro de unos doce años vestido con camisa y pantalones cortos que les hacía gestos con las manos.

INCURSION

Desde que descubrió la estación orbital Libertad en el cielo, Karen había permanecido indecisa sobre lo que debería hacer.

Nunca había visto a otra persona más que a su madre y las imágenes de cientos de películas que había visto a lo largo de los dos últimos años siempre le habían hecho desear tener a alguien más que le hiciera compañía, algún amigo con quien hablar y compartir sus sueños.

Ignoraba dónde podía estar su madre pero suponía que podía estar en la sala de control de la estación vigilando en los monitores el acercamiento de Libertad.

A la velocidad a la que se desplazaba podría tardar varias horas pero aunque tardase años no creía que fuera capaz de decidirse. Las revelaciones de su madre la noche anterior la hicieron comprender que quizás los que vinieran no serían mejores que ella. Desde luego no podían ser los reclusos de Lennox ya que, por lo que sabía, Libertad estaba en la Tierra, no en los asteroides. Pero ¿cómo habían podido traerla hasta aquí?. No es que supiera mucho de física pero cuando Sigui le enseñó la estación orbital Libertad ella manifestó el deseo de que algún día viniera hasta aquí con gente en su interior. Sigui la desengañó en ambos sentidos. Por un lado, no habían quedado supervivientes en la Tierra, por otro, era imposible que una estación orbital del tamaño de Libertad pudiera viajar hasta Júpiter.

Karen se enfadó con él por no seguirle el juego. ¡Con lo que a ella le gustaba soñar, parecía mentira que Sigui tuviera tan poca imaginación!

Ahora que veía que Sigui se había equivocado en una cosa, pensó que quizás se había equivocado también en la otra, aquellos no serían los hombres malos que había en Lennox y que antes de que ella naciera habían hecho tanto daño a su madre. Seguro que eran buenas personas que venían a rescatarlos.

¡No estaba segura!

Lo mejor que podía hacer era esconderse donde ni su madre ni aquellos hombres la pudiesen encontrar, pero al pensar que quizás fuera por el resto de su vida...

Su madre se había vuelto loca por todo el daño que le hicieron, por la soledad, por el dolor del parto y por el alcohol. ¿Que destino le esperaba a ella en aquella estación perdida en la órbita de Júpiter a millones de kilómetros de todo contacto con la humanidad?.

Sin decidirse aún, salió del observatorio y se dirigió hacia la galería. Subió varios pisos hasta llegar a la planta de la sala de control. Las luces se iban encendiendo a su paso y apagando tras ella. Cuando estaba llegando abrió un panel de la pared y bajó un interruptor. Al entrar en el pasillo que conducía a la sala de control, las luces no se encendieron. Se asomó a la puerta entreabierta. En varios monitores vio la imagen de Libertad mientras su madre murmuraba sin parar al tiempo que limpiaba con un trapo unos tubos.

Se preguntó qué estaría haciendo cuando vio varias escopetas apoyadas en la mesa y lo entendió.

¡Estaba limpiando unas armas para usarlas!.

Se preguntó de dónde las habría sacado, no recordaba haber visto nunca escopetas en la estación. De hecho, las únicas armas que había visto eran las de las películas pero gracias a ellas sí que tenía una cosa perfectamente clara.

“Siempre debes limpiar un arma después de haberla usado o cuando creas que la vas a necesitar”, recordaba que había dicho un hombre en una película.

-No les dejaré pasar. -murmuraba su madre mientras agitaba un trapo grasiento por el cañón desmontado de la escopeta- Les mataré antes de que nos hagan daño a mí o a mis niños. No dejaré que se acerquen. Les mataré en cuanto intenten acercarse. Tendrán que pasar sobre mi cadáver. ¡Señor, haz un milagro!. Haz que se vayan, por favor. Mi Raquel. Mi Peter. No os preocupéis. No os harán daño.

Karen se dio la vuelta con lágrimas en los ojos y salió corriendo por el pasillo. No podía oír a su madre hablar de esa forma. Volvió a la galería y siguió subiendo hasta llegar al primer piso. Entró en el vestíbulo de la torre que la llevaría a los campos de cultivo. Al entrar en una cabina, ésta comenzó a ascender. Apoyó la mano derecha en la pared del ascensor para contrarrestar la fuerza que la empujaba hacia ella. Un par de minutos más tarde, cuando sintió que estaba ya por el centro de la estación se dio la vuelta poniendo los pies en lo que hasta ahora había sido el techo de la cabina. Volvió a apoyarse en la pared conforme aumentaba la fuerza de gravedad. Al llegar al final del trayecto, un poco más calmada, bajó por la galería hasta llegar a la cuarta planta y, una vez allí, pasó por un largo pasillo hasta llegar al campo de manzanos. En medio de las hierbas y malezas que en él crecían siguió un camino gastado ya por el uso hasta

llegar al final de la sala donde una pequeña cabaña hecha de ramas secas y sujetas con hojas de ginerios la acogió para darle consuelo.

Se restregó los ojos para quitarse las legañas de las lágrimas secas y se tendió sobre el colchón de tallos de heno donde, poco a poco, acabó durmiéndose.

La despertó el ruido de maquinaria que resonaba débilmente en la distancia. A través del casco de la estación llegaba hasta ella un sonido que no recordaba haber oído nunca. A lo largo de los años había aprendido a identificar todos los sonidos propios de la estación, desde el débil sonido de los aspersores de riego hasta la puesta en marcha de los motores que se usaban de año en año para corregir la posición de la estación. Allá en el punto de Lagrange interno del sistema Júpiter-Europa estaban en una posición más o menos estable, pero la influencia de las demás lunas de Júpiter y otras fuerzas que Sigui no consiguió hacerle entender hacían que cada cierto tiempo hubiera que ponerlos en marcha. Pero el ruido que oía ahora no lo había oído nunca aunque hubiera jurado que llegaba del hangar de atraque. Permaneció a la expectativa durante unos minutos pero no oyó nada más. Insegura, salió de la cabaña y se dirigió a la galería. Desde allí descendió hasta la última planta. En el centro de la galería había una cúpula de cristal que permitía ver el exterior. Antes de asomarse volvió a oír el mismo sonido que antes pero esta vez le pareció que sonaba como una puerta al cerrarse. Inclinandose bajo la barandilla que rodeaba el cristal miró al firmamento que daba vueltas bajo ella. A lo lejos veía Europa, con sus blancos mares de hielo surcados por grietas. Esperó que la estación diera la vuelta y, cuando vio Júpiter se sorprendió al notar como una estrella que atravesaba la atmósfera del gigante gaseoso. Debía ser Libertad, y al pensar en ello recordó cómo en algunas películas había visto que las naves que querían aterrizar en un planeta debían frenar con la atmósfera, pero no le encontró sentido. ¿Para qué iba nadie a querer aterrizar en Júpiter?

Volvió a oír otro ruido que resonaba en toda la estación como el chirrido de una motosierra. ¿Qué estaba pasando?.

Intranquila, decidió subir al hangar, era preferible correr algún riesgo antes que seguir en la ignorancia de lo que estaba ocurriendo. Al llegar a la primera planta entró en la base de la torre y montó en una cabina pulsando el botón que la haría detenerse en el hangar. Tardó dos minutos en llegar.

La puerta del hangar estaba cerrada pero por una ventanilla vio que su madre, con un traje espacial puesto, estaba apostada tras unas cajas de almacenaje. A su derecha vio un taladrador láser apagado pero lo que su madre empuñaba en aquel momento era una escopeta. En el extremo del hangar vio la puerta del mismo con un enorme boquete. No había oído ninguna

explosión y el boquete era demasiado regular así que pensó que eso debió ser el sonido chirriante que oyó unos minutos antes. Vio a su madre trastabillar y se dio cuenta de que acababa de disparar contra algo que asomaba por el agujero aunque curiosamente no oyó ningún sonido.

Empezó a golpear la puerta con los puños.

-¡No, mamá!. ¡No dispaes!. ¡Mamá!.

Su madre no le contestó, ni se volvió siquiera.

“Claro, “ pensó “en el espacio nadie puede oír tus gritos”.

Quería llamarle la atención de alguna forma pero si el sonido no se transmitía a través del vacío, sí lo haría por el metal. Cerca de la puerta del hangar había un armario con varias cajas de herramientas. Encontró una llave inglesa y volvió a saltar hacia la puerta, pero antes de golpearla oyó una serie de golpes que resonaban a lo largo de toda la estación.

En aquel momento su madre miró hacia la puerta y la vio. A través del casco no podía apreciar bien su rostro pero parecía estar gritándole algo. No la entendió hasta que la vio hacer un gesto con el brazo que por desgracia le resultaba muy familiar.

“Lárgate” era la palabra que acompañaba siempre a ese gesto.

Tenía que hacer algo pero no sabía qué. Aquellos hombres podrían ser de nuevo los supervivientes de la prisión de Lennox pero ella no lo creía. Podrían ser hombres buenos que habían venido a rescatarlas y su madre estaba disparando contra ellos sin siquiera saber lo que pretendían.

-¡Mamá, no dispaes!. -volvió a gritar aunque sabía que su madre no podía oírla.

Ésta se volvió varias veces hacia ella sin parar de gritar inútilmente.

¡No podría detenerla!.

Tenía que impedir que matara los hombres que habían venido a rescatarlas pero ¿cómo hacerlo?.

Los golpes que habían resonado en la estación se detuvieron de repente y en los últimos ecos notó que procedían de los dormitorios. De repente supo lo que tenía que hacer.

Saltó al ascensor y pulsó el botón que la llevaría a los dormitorios. Al llegar al extremo se dirigió hacia la galería pero antes de llegar a ella oyó unos ruidos en la cabina de salida al exterior.

Las bombas de aire estaban llenando la cabina, eso significaba...

¡...Que alguien estaba entrado en la estación por primera vez desde que nació!.

Conectó un monitor para ver quién había dentro y vio a dos hombres con trajes espaciales blancos. A través del cristal de los cascos se veía con nitidez sus rostros. Parecían jóvenes, blancos pero no del todo, tampoco del todo negros.

“Son mestizos, como yo” pensó sorprendida.

Decidida, pulsó el botón que abriría la puerta y les hizo señas para que la siguieran.

* * * * *

-Andis, ¿qué hacemos?.

-No parece peligroso, pero no os confiéis. Al parecer quiere que le sigáis.

-¿Le seguimos?.

-Sí. ¡No!. Esperad. -en la otra pantalla, Andis vio que el Antepasado se había levantado y, con un rifle y un grueso y alargado aparato que no llegó a reconocer se dirigió a la puerta que comunicaba el hangar con la torre. Apretando unos botones en la pared, la puerta se abrió. Vio al Antepasado ser golpeado por la ráfaga de aire que fue a llenar el vacío del hangar y medio segundo después sintió como el aire salía por el boquete de la puerta arrancándole la plancha de acero con la cámara de video de las manos.

-¡¡Descompresión!! -.gritó por el altavoz.

* * * * *

Karen quería que le siguieran pero no conseguía que dieran un paso. A través del casco les oyó decir algo que no entendió. Al final se volvió para subir a la torre y obligarles así a que la siguieran cuando de pronto oyó las sirenas de alarma en toda la estación. Se volvió desconcertada y vio que uno de los hombres se abalanzaba sobre ella.

Repentinamente asustada, quiso huir pero una violenta ráfaga de viento la arrojó contra la pared, junto a la puerta de la torre. Nunca había notado la más mínima corriente de aire más que en los ascensores o en algunos conductos de ventilación y no sabía que el aire pudiese tener tanta fuerza. En la escasa gravedad, el viento no tuvo dificultad en succionarla hacia el interior de la torre mientras sentía como si los oídos le estuviesen a punto de reventar. Se agarró al dintel de la puerta pero el viento tiraba de ella hacia arriba con demasiada fuerza. Una mano la sujetó por la muñeca justo antes de que se soltara. El aire le azotaba el rostro y arrastraba papeles, trapos y hasta sillas, pero el traje espacial del hombre que la sujetaba con fuerza la protegió de los proyectiles que pasaron por su lado a toda velocidad. El hombre la atrajo hacia su pecho estrechándola en un protector abrazo y echó a andar hacia la cabina de la que unos segundos antes había salido. En la relativa calma de la habitación el hombre la soltó y se puso a girar la rueda de cierre manual. Durante unos segundos no supo como reaccionar, pero al sentir un cada

vez más fuerte y doloroso zumbido en los oídos y ver con cuánta lentitud se cerraba la puerta, dio dos pasos hasta los controles y, pulsando un botón, hizo que se cerrara.

Aunque aún se oían las sirenas sintió un pesado, casi ensordecedor silencio. El hombre que la había rescatado se inclinó hacia ella y, después de decirle unas palabras le hizo una mueca abriendo mucho la boca, como si tuviera sueño. El hombre volvió a repetir la mueca pero ella no entendía lo que quería decir. Sólo sabía que era el primer hombre que veía, que le había impedido caer hacia la torre, que la había abrazado contra su pecho, que la había protegido con su cuerpo, que la había salvado la vida y que estaba haciendo las muecas más divertidas que había visto nunca.

Riendo y llorando al mismo tiempo se abalanzó contra su pecho y le abrazó con todas sus fuerzas.

* * * * *

Andis notaba cómo el viento salía torrencialmente por el agujero que habían hecho en la puerta. Calculó que, según el volumen de la estación, y teniendo en cuenta la velocidad a la que salía el aire, podría estar así durante más de media hora antes de que la presión en el interior se hiciese inhabitable. No quería que ocurriese eso.

Desacoplando de la mochila su propia cámara izquierda, la aproximó al borde del agujero y observó el interior. El Antepasado estaba colgado del quicio de la puerta y hacía grandes esfuerzos por subir el pie hasta ella pero la fuerza del viento se lo impedía. Había soltado las armas que llevaba y no las veía por ningún lado, pero tampoco las había visto salir por el boquete. En lo que parecía el techo del hangar varias planchas metálicas vibraban azotadas por el viento.

-¡Tador, dame un arpón magnético y un lanzador!.

Tomándolo de las manos de éste, le entregó la cámara sin tiempo para volver a colocársela. Enganchó el cabo del torno de su cinturón en el arpón y metió éste en el lanzador. Poniéndose de pie frente al boquete se inclinó hacia adelante resistiendo el impulso del aire que le azotaba. Apuntó a la pared del fondo, lo más pegado que pudo al techo y disparó.

Cuando el arpón se pegó a la pared, hizo funcionar el torno haciendo que volviera a recuperar la cuerda. Al tensarse ésta se arrojó de cabeza por el agujero.

El arpón y la cuerda resistieron la fuerza del aire y lo elevaron hacia la pared del fondo. Pero al llegar a la altura de las chapas metálicas que había visto se detuvo. Estaba demasiado lejos y no podía alcanzar las abrazaderas que las sujetaban al techo. El viento le hacía oscilar en todas direcciones y no tenía otro torno que le permitiera acercarse.

Tomando el desintegrador que colgaba de su cinturón, reguló el alcance a cuatro metros. En uno de sus alocados giros dio una pulsación corta que no llegó a cortar la abrazadera aunque hizo un profundo arañazo en la plancha. El viento tenía menos fuerza que en la boca del agujero pero aun así le impedía apuntar con precisión.

Volvió a pulsar el mando del torno y se elevó cinco metros más. Allí el aire no le hacía dar tantas vueltas. Graduó de nuevo el alcance del desintegrador. Esta vez estaba ya al límite. Apuntando con cuidado disparó varias veces en ráfagas cortas hasta que la primera de las abrazaderas cedió. Las planchas se agitaron vibrando a la fuerza del viento y provocando un sonido agudo pero en cierto modo agradable. Apuntó a la segunda abrazadera. Con sólo tres ráfagas consiguió soltar las planchas que, arrastradas por el viento, fueron bamboleándose golpeando las paredes hasta que la primera de ellas cayó de plano sobre la puerta del hangar. Las que iban detrás chocaron también contra ella pero, no habiendo ya viento que las impulsara se quedaron flotando en el extremo del hangar.

Andis miró hacia la puerta. El Antepasado se había ido.

* * * * *

Tilo contempló asombrado al niño que lloraba contra su pecho. Aunque no era tan negro como los que aparecían en algunas fotos de los libros de los Antepasados, no había esperado ni muchísimo menos que el primer Antepasado que vieran sería así. Y menos de esta edad, no parecía tener más de doce o trece años.

Comprendiendo que debía estar asustado por todo lo que había pasado, le acarició con suavidad el cabello.

-Vamos, tranquilo, ya ha pasado todo.

Karen no entendió las palabras, pero sí el tono y eso hizo que llorase aún con más fuerza. Siempre había soñado que alguien algún día la abrazase, la acariciase el cabello y le hablase de aquella forma por eso no se atrevía a separarse de él.

Tilo le dio unas palmaditas de consuelo en la espalda y la cogió por los hombros apartándole para verle bien la cara.

-Vamos, pequeño, no llores. -con el dorso del guante le limpió los mocos que colgaban de su nariz- ¿Ves?. Estamos a salvo. ¿Cómo te llamas?.

-No creo que entienda nuestro idioma. -dijo Baltis.

-Sólo quiero que se tranquilice. Espera, quizás...

Karen ya se estaba tranquilizando. Cuando sintió el áspero pero amable guante en la cara se dio cuenta de que se le estaban cayendo los mocos como a una niña pequeña. Avergonzada de

que la vieran así se los limpió con la manga de la camisa. Con la otra manga se limpió las lágrimas y se esforzó en sonreír al hombre que le hablaba con tanta amabilidad.

Entonces abrió los ojos atónita y contempló asombrada al hombre de cuyo casco surgió el sonido de una voz inesperada pero tremendamente familiar.

«*Sigui. ¿Estás ahí?.*»

No podía creerlo. Era su propia voz aunque sonaba metálica. ¿Cómo podían tener estos hombres una grabación de su propia voz?. Y ¿cuándo había dicho ella eso?.

-*¡Soy yo!*. -exclamó con una inmensa alegría- *¡Es mi voz!. ¿Cómo me habéis oído?. ¡¡Habéis venido a buscarme!!.*

Volvió a abrazarse con fuerza contra el pecho de Tilo el cual, desconcertado, se volvió hacia Baltis.

-¿Tú entiendes algo?.

-Ni idea. Oye, ¿no te parece que era la misma voz?.

-¿Qué?. No sé, es posible. Espera.

Volviéndola a apartar de sí, Tilo apoyó un dedo sobre su pecho. Después señaló el altavoz del cual volvió salir el mensaje que desde hacía cinco meses habían recibido con regularidad cada tres días y medio en la estación orbital Libertad.

«*Sigui. ¿Estás ahí?.*»

-*Sí, soy yo.* -respondió asintiendo con fuerza con la cabeza.

Volvió a limpiarse los mocos y las lágrimas y vio como el hombre le hacía una señal que no llegó a entender.

-¿Qué?.

El hombre volvió a repetir el gesto poniendo la mano ante él con dos dedos extendidos y la palma hacia arriba. Giró la muñeca hacia sí con lo que el índice pasó sobre el corazón quedando la palma hacia abajo y sin pausa apreciable la volvió a girar hacia ella. Karen miró desconcertada y el hombre volvió a hacer el mismo gesto. Al tiempo que de su altavoz volvían a surgir sus palabras.

Al verla tan desconcertada, Tilo comprendió que no le entendía así que con la punta del dedo le tocó los labios repitiendo el mensaje.

Karen comprendió entonces.

-*¿Queréis que lo diga?. ¡Pues claro!*. -volvió a limpiarse los mocos y carraspeó para aclararse la garganta- *Sigui. ¿Estás ahí?. Sigui. ¿Estás ahí?.*

Vió una mirada de asombro y reconocimiento en la mirada del hombre seguida de una encantadora sonrisa y, sin poderlo evitar, volvió a arrojarse sobre su pecho.

-Está claro que es él quien envió el mensaje, al menos la voz suena casi igual, pero eso significa que no lleva emitiendo desde hace cuarenta y dos años como pensábamos. ¿Cuándo lo enviaría?

-Quizás lo averigüemos más adelante, cuando aprenda nuestro idioma o nosotros aprendamos el suyo.

Karen volvió a sentir las manos del hombre sobre sus hombros y se separó de él para atender a lo que le fuera a decir. Le había oído hablar pero no sabía en que idioma era. Entre las películas que había visto había algunas que no estaban en inglés y las tenía arrinconadas en un armario como inútiles pero se había familiarizado con algunas frases que de vez en cuando se pronunciaban con cierta frecuencia en español, francés e incluso alemán. A pesar de todo las palabras que pronunciaban estos hombres no le sonaban a ninguno de estos idiomas.

-Tilo. -dijo el hombre poniendo la mano sobre su pecho. A continuación señaló al otro y dijo- Baltis.

Por último le puso a ella la mano en el pecho con un encogimiento de hombros.

Ella sonrió.

-Tilo. Baltis. -repitió señalándoles. Se señaló a sí misma y dijo- Karen.

-¿Karel?. -preguntó Tilo con asombro.

-No. Karen. Karen.

-Karen. -volvió a repetir Tilo con una divertida sonrisa. -Sin duda debe ser el comandante general de esta estación.

* * * * *

Andis cerró la puerta y saltó hacia la chapa que taponaba la salida del aire. Ésta no encajaba por todos los bordes con la compuerta del hangar así que pudo meter los dedos entre ambas para que el aire escapase con mayor rapidez y la plancha, libre de la presión del aire quedase flotando a la deriva.

-Tador, Bodio, pasad.

Éstos se apresuraron a penetrar por el agujero.

-Sujetad la plancha contra la compuerta mientras vuelvo a abrir la otra puerta.

Saltó de nuevo hacia ella y, agarrándose a una barra que corría paralela a la pared por el borde de la puerta, pulsó el mando que servía para abrirla. Una violenta ola de aire le azotó el cuerpo y fue a estrellarse contra la plancha apretándola de nuevo contra la compuerta.

-Soldad la plancha a la compuerta.

-Sí, Andis.

Mientras lo hacían, Andis se asomó con cuidado a la puerta. Tanto a un lado como al otro, el pasillo era largo, amplio y silencioso. En la pared de enfrente había una caja enganchada a uno de los tres rieles que recorrían toda la longitud de la pared. Extrañado, giró la cabeza para verlo en otra perspectiva.

“Ascensores.”

Por lo demás, nada se movía.

-Tilo, Baltis. ¿Estáis bien?.

-Sí, Andis. Estamos en la cabina de acceso a la estación.

-Esperad ahí. El Antepasado que nos ha disparado se ha ido y no sabemos dónde está. No salgáis hasta que lleguemos. El chico negro ¿está bien?.

-No para de llorar ni de sonarse los mocos pero parece contento de vernos. Él fue quien envió el mensaje.

Tras un momento de sorpresa reaccionó.

“Bueno, ¿por qué no?. Estamos recibiendo el mensaje desde hace cinco meses y siempre supusimos que llevaría emitiendo desde la llegada de los kander, pero no tenía que ser así necesariamente.”

-¿Cómo os habéis comunicado?.

-Cuando estuvimos a salvo en la sala intermedia le hicimos oír el mensaje. Empezó a hablar muy agitado pero, aunque no entendíamos nada de lo que decía, Baltis se dio cuenta de que parecía la misma voz. Por señas le hicimos repetir el mensaje y estamos casi seguros de que fue él quien nos lo envió.

-¿Tenéis idea de lo que significa el mensaje?.

-Aún no, pero... Karen aprende rápido.

-¿Karel?.

-No. Karen.

Andis casi pudo ver una pícara sonrisa en la cara de Tilo al corregirle. Los grados y profesiones no solían parecerse entre sí, tenían una semiótica totalmente distinta a la del resto de las palabras que formaban su lenguaje. Que el primer Antepasado con el que se habían podido comunicar tuviese un nombre (los Antepasados tenían nombres, no grados) tan similar al grado de comandante general de expedición era como mínimo una casualidad sorprendente.

-Averiguad lo que podáis sobre él. No sé el tiempo que tardaremos en llegar pero no intentéis salir a no ser que os avisemos. No quiero que abráis la puerta y os encontréis de frente con el otro Antepasado.

-Sí, Andis.

-Tricar, ¿alguna novedad?.

-Ninguna, Andis.

-¿Detectas alguna variación en el consumo de energía de la estación?.

-No, Andis. Donde quiera que esté el Antepasado que os ha atacado debe estar en un lugar donde no se consuma energía o bien donde la energía consumida permanezca constante.

-Bien. Acércate hasta el módulo central y que desembarque el resto del equipo.

-Sí, Andis.

Se volvió hacia Bodio y Tador que ya habían acabado su trabajo.

-Andis, -dijo Bodio- Hemos terminado de soldar la plancha aunque la separación en algunos sitios era demasiada. Hemos agotado la masilla pero han quedado huecos por los que se sigue escapando el aire.

-No importa. Cerraremos esta puerta antes de irnos y así solo se perderá el aire del hangar.

Así lo hicieron y se dirigieron al ascensor.

Éste era una cabina con capacidad para unas seis personas. Le llamó la atención que en el centro de las paredes de los lados la pintura imitando madera estaba más desgastada, como si se rozara con más frecuencia que el resto del revestimiento del ascensor. También el techo y el suelo estaban gastados en idéntica medida.

En una de las paredes había un cuadro con tres botones. Antes de entrar pensó un momento. Tenían que ir al módulo que estaba hacia arriba, pero cuando llegaron...

-Daos la vuelta. -ordenó mientras él hacía lo mismo.

Entraron en el ascensor con los pies en la dirección del que había de ser su destino. Antes de pulsar el botón de abajo, se volvió a detener a pensar.

-Levantad las manos al techo. -dijo tras un resoplido.

-¿Qué?. -preguntó Tador.

Andis apretó el botón de bajada y la aceleración les hizo estrellarse con suavidad contra el techo. El ascensor aceleró durante unos quince segundos antes de estabilizar su velocidad con lo que empezaron a sentir un leve empuje lateral que les obligó ahora a apoyarse en la pared de la izquierda.

“La fuerza de Coriolis”. -pensó Andis.

Conforme descendían por la torre adquirirían también la velocidad de giro de la estación. La inercia era la que les empujaba lateralmente en dirección a... Se concentró un segundo. Al descender tenían que ganar velocidad lateral por tanto la inercia les empujaba hacia contragiro. Al ascender en cambio se verían empujados hacia el panel opuesto, hacia giro. Por eso los paneles de los lados de la cabina estaban tan gastados casi como los de arriba y los de abajo. Según la dirección de la cabina tanto el techo como el suelo de la misma serían intercambiables.

En apenas dos minutos llegaron a la base de la torre. Salieron de la cabina y Andis observó que los otros dos carriles estaban vacíos.

“Se fue en la otra dirección.

Salió por la puerta de la torre y se fijó que delante de él había una habitación cerrada. Dirigiéndose a ella, pulsó el botón de apertura. Y la puerta se abrió saliendo por ella una leve corriente de aire.

* * * * *

Karen no entendía nada de lo que los dos hombres decían, pero al menos sabía ya sus nombres. Había dejado de llorar hacía rato y les observaba mientras hablaban entre sí. Sólo sabía hablar inglés y era evidente que ni Tilo ni Baltis lo entendían. Quizás pudiera averiguar también qué idioma hablaban.

-Parlez vous française?.

Los hombres la miraron sin comprenderla.

-Sprejen deutch?. ¿Habla español?. -se le estaba acabando el repertorio de las pocas frases que había oído en las películas y que sabía más o menos lo que significaban- *Non capisco niente. Arigato.*

Era inútil. Al parecer Tilo y Baltis no hablaban inglés, francés, alemán, español, italiano ni japonés. Intentaba recordar alguna otra frase que había oído en otros idiomas aunque ni siquiera sabía lo que significaban, pero antes de que las dijera Tilo se volvió a inclinar hacia ella.

Señalando hacia él mismo con una mano, alzó un dedo de la otra.

-Uno. -señaló a Baltis y alzó otro dedo- Dos. -después la señaló a ella levantando un tercer dedo- Tres.

¡Pues claro!, le estaba enseñando los números.

Repitió los gestos que él había hecho al mismo tiempo que pronunciaba.

-Uno. Dos. Tres. -eso significaba uno, dos y tres.

Sonrió a Tilo, satisfecha por haber aprendido bien la lección y éste la recompensó con una sonrisa.

A continuación Tilo señaló a la puerta encogiéndose de hombros y pronunciando una palabra.

Karen repitió la palabra aunque no entendía lo que Tilo quería.

Por un momento pensó que le había dicho la palabra que significaba puerta aunque había algo en sus gestos que la hacía dudar de que así fuera.

De nuevo repitió Tilo el gesto pero esta vez, al señalar a la puerta, hizo un gesto que parecía abarcar más que la puerta en sí.

-¿Quieres saber cuánta gente hay fuera?. -se le ocurrió que quizás era eso lo que Tilo estaba preguntando. Haciendo un círculo con la mano que les abarcaba a los tres, dijo- Tres. - señalando hacia la puerta añadió al tiempo que levantaba un dedo- Uno.

En aquel momento se abrió la puerta y Karen vio en el umbral a tres hombres vestidos igual que Tilo y Baltis. Enseguida notó que éstos, sin llegar a ponerse firmes, adoptaron una actitud de deferencia ante el primero de los tres que habían entrado, por lo que supuso que debía ser el jefe.

-¡Andis!. -exclamó Baltis- nos alegramos de verte.

Andis examinó detenidamente al chico que, aparentemente atemorizado, se colocó al lado de Tilo, cogiéndole la enguantada mano.

-Hola, Karen. -dijo sonriendo.

-Hola, ¿Andis?. -se esforzó Karen en responder.

Tanto Andis como los demás la miraron sorprendidos aunque Karen supo que lo había dicho bien por la sonriente mirada de Tilo.

-Veo que habéis hecho progresos.

-Bueno, en realidad sólo le hemos enseñado los números hasta el tres. Me he sorprendido tanto como tú.

-¿Habéis averiguado algo nuevo?.

Tilo dejó de mirar asombrado a Karen para contestar.

-Sí. Si nos hemos entendido bien, en la estación hay una sola persona aparte de Karen. No hemos podido averiguar más antes de que llegaras.

-Bien, salgamos de aquí. Tricar, ¿Habéis llegado ya?.

-Sí, Andis. En este momento están saltando los últimos hombres.

-Bien, vuelve a ponerte a una distancia segura y descansa hasta nueva orden. Draken, mantente vigilando todo lo que ocurra en la estación y avísame si detectas la situación del Antepasado.

-Sí, Andis.

-Fasel, en la parte trasera del hangar hay dos tornos. Uno de ellos está desenrollado. Úsalo para descender hasta donde estamos, Baltis te esperará en el exterior.

Tras recibir confirmación de sus órdenes, salieron todos menos Baltis de la cabina y cerraron la puerta. Baltis saldría fuera y, esperaba que en unos diez minutos, volvería a entrar con todos los hombres.

Andis recapacitó sobre lo que harían a continuación. El Antepasado se había dirigido al módulo que había en el extremo opuesto y no había otro medio para que pudiera volver si no era por la torre. Sus armas, por lo visto, no podían atravesar un plancha de dos centímetros de grosor. Podrían recortar algunas de las paredes internas de la estación y usarlas como escudos. A pesar de todo sabía que era muy peligroso estar desarmados ante un Antepasado que ya había demostrado a las claras su intención de matarles. El chico, en cambio, no parecía nada violento con ellos y eso le desconcertaba. Si lo que sabían de los Antepasados era cierto, el otro, probablemente era su padre. ¿Cómo podía ser que actuaran de forma tan distinta entre sí?

Unos sonidos en el casco le indicaron que los hombres estaban llegando al techo del módulo. En aquel momento se apagaron las luces.

-Andis, -exclamó Tricar- se han apagado las luces en toda la estación. Sólo hay energía a unos quince metros bajo vosotros.

“¿Bajo nosotros?” se extrañó Andis tomando la linterna de su cinto y alumbrando hacia la puerta de la torre.

Había supuesto que el Antepasado había ido al otro módulo porque al llegar a este extremo de la torre no había visto ningún ascensor. O la fuente energética era otra distinta o había bajado sin usar los ascensores. A no ser que los ascensores...

En la pared de la torre había tres rieles, osea tres cabinas. Con tres posibles destinos. Al ir un ascensor de una parada a otra, el ordenador podría llevar otro ascensor a la parada que hubiera quedado vacía. Aparentemente sería un derroche de energía pero si se recuperaba la energía de frenado de uno, se la podría aprovechar para mover el otro. El consumo total de energía sería menor que si solo se moviese una cabina. Sí, esa debía ser la respuesta. Entonces se había equivocado, el Antepasado estaba bajo ellos. ¿Cambiaba esto en algo sus planes?. Decidió que no.

-Tricar, dentro de seis horas tendrás que recuperar los espejos. Descansa lo que puedas y deja que Draken se ocupe de todo hasta entonces.

-Sí, Andis. -respondió Tricar aceptando la suave reprimenda que percibía en el tono de aquél.

Con lentitud, la puerta de la cámara intermedia comenzó a abrirse. De ella salieron Baltis y nueve hombres más.

Karen estaba atemorizada. Nunca había visto tal cantidad de hombres en su vida y se sentía intranquila. Apretó con más fuerza la mano de Tilo quien, interpretando mal su temor, extrajo de su caja de herramientas una segunda linterna y se la dio.

Contempló la linterna intentando comprender su funcionamiento. Tenía dos interruptores y dos ruedas de control. Tilo la llevó hasta una pared y le indicó el interruptor que debía usar. Un cono de luz blanca dibujó un círculo en la pared. Una de las ruedas permitía ampliar o reducir el tamaño del círculo mientras la otra controlaba la intensidad de la luz. Pulsando el otro interruptor la luz se convirtió en verde. Entonces la segunda rueda permitía controlar el color.

Aunque ya estaba satisfecha con la explicación, Tilo le apoyó una mano en el hombro repentinamente serio. Tomando la linterna apuntó a la pared. Cerró el foco hasta que dibujó un pequeño punto en la misma y apretó con el pulgar el interruptor que controlaba la intensidad pero sin cambiar su posición. Un hilo de humo surgió de la pared. Cuando Tilo soltó el interruptor Karen comprobó asombrada que había aparecido un agujero de unos dos centímetros de diámetro y uno de profundidad en la dura chapa metálica.

Tilo la cogió por los hombros y mirándola seriamente movió la cabeza.

-No. Peligroso.

-Peli...groso. -repitió ella asombrada.

¡Le habían dado un arma!. ¡Un rayo láser!.

¿Como era que le daban un arma cuando apenas acababan de conocerla, cuando su madre había intentado matarles, cuando ni siquiera tenía doce años?.

Cada vez tenía más confianza en ellos, estaba más convencida que nunca de que no iban a hacerle daño como los criminales de Lennox que mataron a... sí, a su padre y sus hermanos pero también estaba algo desconcertada. ¿de donde habían salido aquellos hombres que la trataban como a un adulto y que no parecían entender ningún idioma de los de la Tierra?.

Andis estaba dando unas instrucciones a sus hombres y estos se dirigieron a las paredes que separaban la sala de la torre. Como si cortasen una tela con tijeras, comenzaron a recortar las planchas de acero para conseguir varios rectángulos de distintos tamaños. Usando otro aparato

contempló sorprendida como las planchas depositadas en el suelo se curvaban a lo largo del eje mayor. Unidas luego mediante unas tiras de un material blando que no reconoció, Andis levantó el conjunto y se lo puso ante su traje.

¡En apenas unos minutos se había construido una armadura de acero!

Aquellos hombres tenían armas de un poder inimaginable, más que todo lo que ella había visto en docenas de películas de ciencia ficción.

Con esas armas podían haber matado a su madre en segundos pero no lo habían hecho.

¡Y su madre pensaba que venían a hacerles daño!

Tenía que encontrar a su madre, decirle que estos hombres eran buenos y que no la harían daño. Si no lo hacía así, ella podría matar a alguno de ellos, incluso a Tilo.

-Tilo.

Éste la miró.

-Yo... *debo irme*. -habló despacio acompañando sus palabras de gestos- *Debo encontrar a mi madre y decirle que no vais a hacerle daño. Vosotros esperad aquí. ¿Entiendes?*

-¿Qué dice?. -preguntó Baltis.

-No estoy seguro. Andis.

-¿Sí, Tilo?.

-Karen está intentando decirme algo. No estoy seguro pero por los gestos diría que quiere que nos quedemos aquí.

-¿Crees que quiere encontrar al otro?.

-No lo sé. Es posible que quiera convencerle de que deje de luchar contra nosotros.

-¿Y si quiere avisarle de nuestros planes?. No. No creo que debamos dejarle ir.

-Andis, tú no lo has visto. Cuando le hemos encontrado prácticamente se ha echado en nuestros brazos. Se ha alegrado de vernos, estoy seguro. Es más, ha sido él quien nos ha llamado. No creo que quiera hacernos daño.

Andis estaba preocupado. En primer lugar tenía que considerar la seguridad de sus hombres. Si Karen se iba, podría informar a su padre que ellos no tenían armas y eso sería tanto como perder el factor sorpresa con el que había contado. Mientras el padre de Karen no supiese que estaban desarmados podrían intentar acorralarle hasta llevarle a algún lugar donde le pudieran encerrar. Por otro lado, si dejaba ir a Karen perderían una fuente de información que podía ser vital a la hora de plantear su estrategia. Karen conocía el terreno, ellos podrían perderse cien veces antes de hacerse una idea de los planos de la estación. Pero si Tilo tenía razón podrían ahorrarse una lucha peligrosa e innecesaria.

-Está bien. Dejaremos que se vaya y esperaremos una hora. ¿Podrás hacerle entender eso?.

-Sí, Andis.

Si Karen había aprendido tanto de ellos en tan poco tiempo, Tilo no dudaba que también podría enseñarle a medir una hora.

Cuando llegó ante ella, sin embargo, ya no lo tenía tan claro.

Si estuviesen en la Tierra podría empezar por explicarle lo que era un día y hacer subdivisiones del mismo. En esta estación podría usar como unidad de tiempo el período de rotación y luego explicar los múltiplos hasta llegar a una hora aproximadamente. Pero tardaría mucho más de una hora en hacerle comprender cualquiera de las dos cosas. Tenía que ser algo que fuera fácil de explicar y que no requiriese muchos conocimientos en común por parte de ambos.

Un reloj de pulsera no serviría pues tendría que explicarle los números pero al pensar en ello se le ocurrió que los Antepasados tenían relojes que señalaban las horas con varias agujas. Eso sería algo que Karen entendería pero ellos no tenían nada parecido.

La única solución que se le ocurrió que podría funcionar no le gustaba mucho pero al no encontrar otra decidió correr el riesgo. Abriendo la consola de su brazo programó una serie de instrucciones y en pantalla apareció un círculo. Unas instrucciones más y una aguja señaló desde el centro hasta la parte superior del mismo. Cuando quedó satisfecho se quitó la consola.

-Karen. -ésta le prestó atención. Con gestos y palabras intentó hacerle comprender lo que pretendía- Esto es un reloj, la aguja da vueltas alrededor. Cuando dé una vuelta completa, vuelve. Nosotros estaremos aquí.

Karen asintió a la primera. Satisfecho de haber acertado ajustó las abrazaderas en el brazo de Karen y le hizo una señal de buena suerte. Esperaba que le entendiera.

* * * * *

Karen bajó corriendo las escaleras de la galería iluminando su camino con la linterna que le había dado Tilo.

Al llegar a la cuarta planta se dirigió a la sala de control donde esperaba encontrar a su madre. Suponía que sólo desde ahí se podrían apagar las luces de toda la estación, por eso no le sorprendió encontrar la sala cerrada.

-Mamá, abre, soy yo. -gritó golpeando la puerta.

Estuvo llamando durante varios minutos antes de oír respuesta.

-¿Karen?.

-Sí, soy yo. Ábreme.

La puerta se abrió y la cara de su madre, con el pelo revuelto y una mirada desorbitada atisbó por el quicio de la puerta.

-¿Estás sola?.

-Sí, todos están arriba esperándome.

Su madre la miró con una expresión de sospecha.

-¿Esperándote?. ¿Qué les has dicho?.

-Nada. No saben inglés. Ni siquiera sé qué idioma hablan pero nos hemos entendido un poco.

Volviendo a mirar en todas direcciones, su madre sacó un delgado pero fuerte brazo y, cogiéndola por la muñeca la introdujo en la sala volviendo a cerrar de golpe.

-¿Qué es esto?. -preguntó al notar la consola de Tilo.

-Es un reloj. Me han dicho que me esperarían allí hasta que la aguja diera la vuelta. Mamá, ¡me haces daño!.

-¡Estás mintiendo!. ¡Has dicho que no podías hablar con ellos!.

-¡Mamá, son buenos!. No quieren hacernos daño. Tienen unas armas increíbles, te podían haber matado en el hangar con toda facilidad pero no quieren hacer daño a nadie.

-¿Qué armas tienen?.

-Rayos láser, desintegradores, no lo sé pero les he visto cortar planchas de metal y doblarlas con una especie de lanzarayos. Nunca había visto nada parecido pero es verdad que lo tienen. ¡Por favor, suéltame!.

La soltó arrojándola contra un mueble. Karen se dio un golpe en la espalda y se le cayó la linterna de las manos. Su madre la recogió.

-¿Y esto qué es?.

-Es una especie de pistola de rayos láser. Mamá, cuando Tilo me lo ha dado ni siquiera ha pensado que pudiese haberla usado contra él. Confían en mí. Por eso sé que no quieren hacernos daño.

-¿Confían en ti?. ¿Para qué te la han dado?. ¿¡Qué te han dicho que me hagas!?.

Karen no entendía lo que su madre estaba pensando pero estaba cada vez más asustada.

-Mamá, ellos no me han pedido que haga nada. Iban a venir a buscarte, por eso les pedí que esperaran, les dije que te buscaría y hablaría contigo. Ellos no te harán ningún daño, de verdad. Cuando Tilo me ha dado la pistola me ha explicado como funciona; también sirve como linterna, por eso me la han dado, para que pudiera ver el camino al venir aquí.

Su madre no reaccionaba. Estaba mirando la linterna y probando los interruptores. Un cono de luz iluminó el techo de la sala. Girando las ruedas comprobó el mecanismo de intensidad y amplitud. Tras un cierto número de pruebas consiguió un rayo que hizo caer del techo varias gotas de metal fundido.

Una aviesa sonrisa torció sus labios y Karen supo que se proponía usar el arma contra ellos.

-No, mamá, ¿no lo entiendes?. Ellos no son como los hombres que te violaron. No quieren hacerte daño. Han venido a ayudarnos porque yo les llamé. No quieren...

-¿Que tú les llamaste?.

-Sí, aunque nunca supe que lo había hecho. Tienen mi voz grabada desde hace dos años. Seguí les debí enviar el mensaje aquella vez que se estropeó, cuando dejó de hablar.

-¿¡QUE TÚ LES LLAMASTE!?.

Karen se sintió aterrorizada bajo la mirada de su madre. Antes de que pudiera evitarlo, su madre la cogió por el brazo y comenzó a golpearla con la linterna.

-¡Es por tu culpa, maldita bastarda!. Por tu culpa murieron Peter y Raquel...

-No, mamá, no me pegues, por favor, seré buena, te lo prometo, ¡basta!.

-¡Eres un castigo de Dios y ahora te han enviado para matarme pero no aguantaré nada más de ti, mestiza del infierno!. Acabaré con todos de una vez para siempre. ¡No dejaré que vuelvan a tocarme!.

Karen intentaba protegerse con el brazo pero los golpes le llovían desde todas direcciones. Atontada por un golpe en la cabeza sintió que todo daba vueltas a su alrededor y perdió el conocimiento.

RESCATE

Hacía largo rato que había pasado la hora que le habían dado de tiempo a Karen cuando Andis se decidió por fin.

-Está bien. Vamos.

Tilo se levantó en silencio. No podía creer que Karen les hubiese traicionado pero se sintió agradecido cuando Andis no hizo ningún comentario.

Aunque con la escasa fuerza centrífuga de la estación apenas pesaban unos sesenta kilos, las planchas metálicas que se habían puesto en la parte delantera de los trajes habían sumado treinta kilos más al conjunto. Tilo se sentía mucho más pesado que todo eso.

Avanzaron hombro con hombro los tres primeros que se habían colocado armaduras. El resto de ellos avanzaba a sus espaldas manteniendo una formación en cuadro que Andis había copiado de unos libros de historia de los Antepasados.

Los hombres de los lados tenían escudos que los protegerían de los disparos de las armas que hasta ahora habían usado contra ellos. En el interior del cuadro Andis había colocado a cuatro hombres a los que ordenó quitarse los trajes. Ya habían comprobado que la calidad del aire era aceptable y no había gérmenes extraños en el ambiente, por lo que los demás se habían abierto las viseras de los cascos.

Los cuatro hombres desnudos del interior representaban el factor sorpresa que Andis pensaba utilizar de ser necesario. Protegidos por los de fuera, si se presentase la ocasión podrían saltar y moverse con mucha más rapidez que los demás para atacar al enemigo pillándole por sorpresa.

Descendieron en formación hasta que oyeron la voz de Draken.

-Ya estáis a la misma altura. La fuente energética se encuentra a contragiro y a la derecha de vosotros.

Andis se orientó hacia uno de los seis pasillos que salían del sector central de la estación.

-¿A qué distancia?.

-Unos cuarenta metros.

Avanzaron por el pasillo con lentitud.

-Estáis al lado.

-¿A la izquierda o a la derecha?.

-A la izquierda.

Andis contempló la puerta más cercana. No era corrediza sino de hoja basculante como las que solía haber en las casas de los Antepasados.

-Poneos a un lado.

Los hombres se repartieron a ambos lados de la puerta mientras Andis se acercaba a ella e intentaba girar el pomo.

Estaba cerrada con llave.

Tomando el desintegrador cortó el trozo de la puerta donde estaba la cerradura. Ésta cayó al suelo con un fuerte ruido y el resto de la puerta se abrió para mostrarles una habitación iluminada en la que nadie les esperaba.

Dentro había numerosas mesas y sillas volcadas. Varios armarios pegados a la pared. Papeles desperdigados cubriendo casi todo el suelo de la habitación. Sobre las mesas, varias pantallas titilaban con misteriosos mensajes escritos. Junto a la puerta había un traje espacial abandonado de forma desordenada en el suelo.

Una voz se oyó en aquel momento pronunciando varias palabras desconocidas.

Había una habitación al fondo pero también estaba vacía.

Volvió a oírse la voz y Andis comprobó que decía casi las mismas palabras.

-Es una grabación. -supuso Áster.

-No están aquí. -dijo Andis- Draken, ¿No detectas ninguna otra fuente de energía?

-No, Andis.

Tendrían que volver a empezar. Andis se empezaba a preguntar si valía la pena correr tantos riesgos para conocer a un Antepasado que lo único que había hecho hasta ahora era intentar matarlos. Faltaban cinco horas para que Tricar y Draken tuvieran que irse a recuperar los espejos. Intentaría lo que fuese necesario para cumplir las órdenes recibidas pero Karel no podía esperar que hiciera milagros. Si en tres horas no habían conseguido su objetivo ordenaría abandonar la misión.

La grabación volvió a oírse otras dos veces mientras estaban allí. A Andis no le hacía ninguna gracia ignorar lo que decía.

-Andis, mira la cámara.

Pidió al ordenador la imagen recogida por la cámara que habían dejado oculta apuntando hacia la entrada de la torre.

En ella vio una persona negra que se dirigía furtivamente hacia la torre. En la mano llevaba la linterna que Tilo había dado a Karen. Vestía un traje completo que le cubría del cuello a los tobillos y aunque no era muy ajustado, dibujaba perfectamente el contorno de su cuerpo.

-¿Es una ¿mujer?!

Andis no podía creerlo. ¿Una mujer les había mantenido a raya durante más de dos horas y ellos no habían conseguido neutralizarla?.

-Vamos arriba.

Sabiendo dónde se encontraba la mujer, no tomaron precauciones para subir por las escaleras. Llegaron en unos minutos y, con las luces apagadas, Andis se asomó a la puerta que daba a la torre.

-Está subiendo por una escalera de mano y está desarmada. -dijo al ver la linterna oscilar en lo alto- Tador, ¿crees que podrías alcanzarla?.

Éste se quedó mirando hacia arriba sin responder.

-¿Tador?.

-Andis, creo que sí. Pero... ¿y si tiene armas?.

Andis se lo quedó mirando atónito unos segundos.

-Ya hemos visto que está desarmada. Sólo tiene una linterna y eso no es...

Iba a decir que no era peligrosa cuando un súbito recuerdo le vino a la mente, la imagen de Tilo explicando a Karen el funcionamiento de la linterna.

Peligroso. El rayo láser podía ser peligroso si...

-¡Mierda!. Tador, sube tras ella y arrebatáale la linterna. Procura que no te oiga hasta que caigas sobre ella. Y si notas que cierra el foco apártate, no podrá usar la linterna al mismo tiempo para ver y disparar.

-¿Disparar?.

-¡Tador, ya está bien!. ¿Vas a obedecer?.

Tador estaba retrocediendo ante él al tiempo que agitaba la cabeza.

Andis no comprendía por qué actuaba así. Podía ver que Tador estaba asustado, todos lo estaban, pero parecía incapaz de obedecer.

-Andis, -dijo Baltis- si me permites yo subiré a intentar detenerla.

-¡Adelante!.

Baltis encendió la linterna para iluminar la escalerilla de mano que ascendía por la pared y hacerse una idea de cómo estaban dispuestos los escalones. La mujer estaba ya a más de doscientos metros sobre sus cabezas pero subía bastante despacio, como si realmente fuera ascendiendo peldaño a peldaño. Tal vez tuviera tiempo de alcanzarla antes de que llegara al hangar. Quitándose el cinturón y el arnés del que colgaban diversas herramientas, los entregó a Tilo para que se los guardara.

-Ten cuidado. -dijo éste.

En la escasa gravedad de la estación, sin traje espacial ni ningún tipo de carga que lo lastrase, apenas pesaba unos treinta kilos. Saltó hacia la escalera y se agarró unos cinco escalones más arriba. Puso los pies en los peldaños y volvió a saltar. En solo unos minutos, a saltos de cinco o más escalones, acertó la distancia que le separaba de la mujer. Si comprendía bien lo que Andis había dicho, la mujer podía llegar a usar la linterna como un arma. Y eso era peligroso, desde luego.

El láser sólo funcionaba en tres espectros, rojo, verde y azul, y cada uno de ellos tenía sus propias aplicaciones. El más peligroso era el rojo que podía llegar a fundir los metales. Ignoraba los efectos que tendría en la piel pero pensó que ojalá hubiera podido vestir un traje blanco o rojo que hubiera reflejado la mayoría de los rayos.

Por la fuerza centrífuga de la estación calculó que ya había ascendido unos quinientos metros. Su peso se había reducido a menos de quince kilos y, aun a ciegas, era capaz de subir unos diez escalones en cada salto. La luz de la linterna de la mujer oscilaba en la oscuridad unos sesenta metros sobre él. Sabía que podría alcanzarla antes de que llegase al hangar. No quería que ella se diera cuenta de que le seguía, por eso continuó subiendo a la misma velocidad a pesar de que podía haber ido mucho más rápido en la cada vez menor pseudogravedad de la torre.

A cierta distancia sobre él oyó los jadeos de la mujer y se extrañó de que pareciera tan cansada. Si conseguía sorprenderla podría caer sobre ella antes de que se diera cuenta que era seguida. Cuando apenas le separaban de ella unos treinta metros, dejó de acercarse. Mantendría la distancia en silencio hasta que subieran a una altura donde su peso se redujera a menos de cinco kilos.

La luz ocasionalmente reflejada en las paredes le mostró la figura de la mujer, ignorante aún de su cercanía. En la oscuridad, con la piel negra y con un traje oscuro era difícil ver su silueta. Aún subieron unos cien metros más, durante los que Baltis descansó, antes de decidirse a atacarla.

En silencio, saltó varios escalones acortando la distancia a unos veinticinco metros. Volvió a saltar una y otra vez hasta que de pronto se sintió deslumbrado por la luz de la linterna que le enfocaba el rostro. Cerró los ojos notando la intensa luz a través de los párpados pero siguió subiendo y un agudo grito resonó en sus oídos. Al notar que la luz desaparecía de sus párpados saltó con todas sus fuerzas a un lado de la escalera para evitar la trayectoria del rayo laser que la mujer sin duda dispararía a continuación. Al abrir de nuevo los ojos comprobó que la mujer estaba moviendo el rayo, de un intenso color rojo, por el lugar de la escalera donde él había estado un segundo antes. Él estaba prácticamente a la misma altura que ella dirigiéndose hacia la pared opuesta pero ella parecía incapaz de verle. Seguramente, al realizar la ascensión iluminando su camino con la linterna, no tenía los ojos adaptados a la oscuridad y no podía ver su cuerpo flotando silencioso en el espacio a unos diez metros de ella. Ahora tenía que intentar caer sobre ella desde una dirección que no esperase.

Usando los brazos como timones, tal como había hecho miles de veces en la esfera en la que jugaban a la pelota, giró para encarar la dirección en la que iba. Esperó pacientemente en la oscuridad hasta que notó la pared en la punta de sus dedos. Flexionó los brazos para no perder impulso y rodó por la pared hasta que tuvo las piernas contra ella. Entonces saltó de nuevo hacia arriba y, esperaba, de regreso a la escalera. Al volver a mirar a la mujer comprobó que ésta había ampliado el foco de la linterna para buscarle por toda la extensión de la torre, pero sólo estaba buscando hacia abajo. Usando brazos y piernas como timones corrigió su dirección y consiguió asir la escalera a apenas diez metros sobre la mujer que, rápidamente se dio la vuelta hacia él. Volvió a utilizar todo su impulso para lanzarse sobre ella. Sintió algo ardiente que le recorría la piel del pecho justo en el momento del choque. Forcejeó con la mujer que le dió un fuerte golpe en la cabeza mientras escalofríos de dolor le recorrían el pecho. Pudo por fin sujetarle los brazos e impedir que le siguiera golpeando pero los dos se habían separado de la escalera comenzando a caer por el interior de la torre. Notó los brazos de la mujer delgados y débiles como los de un niño, parecía incapaz de escapar de sus manos. La linterna trazaba círculos en su caída pero Baltis se dio cuenta de que la mujer había dejado de apretar el botón que convertía la inofensiva luz en un peligroso rayo. Intentó orientarse para saber dónde agarrarse, pero el foco de la linterna estaba reducido al mínimo. El aire que notaba en la piel le indicó que estaban cayendo a unos diez kilómetros por hora acelerando lentamente en su caída. Por efectos de la fuerza de Coriolis, durante su descenso acabarían por caer en la pared de contragiro de la torre pero ignoraba a que altura y a qué distancia de la escalera. Doblando las piernas ante él se apoyó en el cuerpo de la mujer para impulsarse sobre su cabeza. Al hacerlo soltó también la muñeca izquierda y agarró la

linterna que arrebató con un brusco tirón de su mano mientras la mujer no paraba de chillar. Amplió el foco al máximo para comprobar la distancia que le quedaba hasta la pared y la dirección en que tendría que rebotar. Con los dientes extrajo de la parte inferior de la linterna una cinta por la que metió la mano antes de volver a sujetar a la mujer que no dejaba de gritar y forcejear. Esta vez la sujetó por la espalda para evitar sus patadas y esperó.

Tras chocar con la pared intentó rebotar en dirección a la escalera pero la dificultad de manejar al mismo tiempo a la prisionera hizo que el rebote fuese más vertical de lo que pensaba. Por un momento pensó que no alcanzaría la escalera antes de volver a caer hacia la pared de contragiro. Ya iba a casi treinta kilómetros por hora y la aceleración sería mayor conforme descendiese. La próxima vez que chocara en la pared de contragiro quizás no pudiera controlar su rebote con la carga de la mujer, en cuyo caso seguirían cayendo cada vez más rápido y rebotando una y otra vez en la misma pared hasta llegar al final de la torre, más de seiscientos metros más abajo.

La linterna encendida, en uno de sus azarosos vaivenes le indicó que llegarían a la escalera por un escaso margen.

Al llegar a ésta puso a la mujer ante él para que se agarrase ella en primer lugar. La velocidad a la que iban apenas superaba los treinta kilómetros por hora y ella no tuvo dificultades en agarrarse. Ya había dejado de chillar, pero aún se debatía en sus brazos intentando soltarse. Soltándole una muñeca tomó la linterna e hizo señales en binario apuntando hacia abajo, diciendo que había capturado a la mujer, pero que había resultado herido y que se dieran prisa en subir a ayudarlo.

Aprovechó para examinar la herida de su pecho y sintió náuseas al ver la fea cicatriz de piel quemada que lo cruzaba. Afortunadamente había sido sólo un barrido, si la mujer hubiera mantenido el láser quieto le podía haber atravesado en unos pocos segundos pero la quemadura apenas había atravesado la piel cauterizando al mismo tiempo los capilares por lo que casi no estaba sangrando. A pesar de todo dolía horrores.

También le dolía la frente, allí donde ella le había golpeado con la linterna y sentía un fuerte escozor en los ojos aunque no recordaba ningún golpe en la cara.

La mujer había dejado ya de debatirse y se agarraba con todas sus fuerzas a la barandilla mientras sollozaba continuamente.

Mirando hacia abajo vio que dos hombres estaban llegando ya hasta ellos.

* * * * *

Cuando Baltis desapareció en la oscuridad del túnel, Andis ordenó a Aster y Fasel que subieran tras él permaneciendo a unos cien metros de distancia. Durante todo el tiempo transcurrido observó la luz que se iba alejando cada vez más hasta el momento en que Baltis debió abalanzarse sobre ella. Vio como la luz desaparecía y temió lo peor aunque había visto a Baltis jugar en numerosos partidos en la esfera y sabía que podía desenvolverse con soltura en condiciones de ingravidez. Cuando recibieron el mensaje de Baltis respiró aliviado. Habían pasado menos de diez minutos desde que se fue y calculó que en otros tantos volvería a bajar.

Un sonido metálico atrajo su mirada. Algo descendía por la torre golpeando repetidamente la pared de contragiro. Al pie de la misma vio como empezaron a caer varias gotas de metal fundido y vuelto a solidificar. No dejaba de recriminarse su estupidez.

En todos los años que habían manejado linternas nunca se le había ocurrido a nadie que podían ser usadas como armas. Siempre habían sido herramientas útiles para hacer trabajos y con las que había que tener cuidado pues, si se usaban con descuido, podían ser peligrosas. Tantos meses estudiando las armas de los Antepasados le habían convencido de que podía ser peligroso enfrentarse con ellos estando desarmados y no se le había ocurrido, ni a él ni a nadie, que en realidad ellos también estaban armados.

Mientras esperaba el regreso de Baltis con la mujer se preguntó qué otras herramientas podrían ser usadas como armas de ser necesario. El desintegrador, evidentemente, podía ser usado para cortar en dos a una persona, aunque la idea le repugnaba extraordinariamente. Un cebo tractor podía aplastar los huesos de una persona. Incluso un lanzador podría enviar proyectiles capaces de atravesar la piel y los huesos de un enemigo.

Empezó a encontrar usos a sus herramientas que nunca había imaginado y el hacerlo le hacía sentir enfermo aunque sabía que podía ser necesario si volvían a encontrarse con Antepasados en el futuro.

Por la puerta de la torre observó a los hombres que descansaban y hablaban entre ellos. Tador estaba sentado en un rincón sin atreverse a hablar con nadie. Nadie parecía tampoco querer hablarle. Andis se preguntaba qué le había pasado. Desde que dejaron de estar bajo el dominio mental de los kander todos habían cambiado un poco. Recordaba que nunca ninguno de ellos había usado la violencia contra otro. La violencia era algo de los Antepasados pero a ellos siempre les había repugnado siquiera pensar en ella. No obstante, él mismo se sentía avergonzado de haber querido en cierta ocasión matar a Karel. Estaba aterrorizado por todas las cosas que estaban descubriendo sobre los kander y no se atrevía a aceptarlas. Cuando Karel le obligó a ver cosas que él no quería ver, Andis se sintió tan asustado que no vio más salida que

detener a Karel, aunque fuera matándolo. El shock de todo lo que habían descubierto y su propia reacción tan cercana a la locura fue lo que le hizo refugiarse durante casi un mes en un estado semicatatónico. Pero después había aprendido a aceptar las cosas tal como sucedieron.

La reacción de Tador había sido algo inesperado pero que iba en una dirección totalmente opuesta. Otra de las extrañas reacciones de los Antepasados. Aunque muchas veces desde que quedaron libres de los kander había visto en sus hombres reacciones que nunca antes se habían producido, hasta ahora nadie se había atrevido a desobedecer una de sus órdenes de una forma tan flagrante. Si aún estuviesen controlados por los kander, éstos hubieran castigado a Tador por su desobediencia. No sólo eso, dicha desobediencia ni siquiera se habría producido.

Tendría que hablar con Tador, averiguar por qué su miedo le había llevado a desobedecer y si ésa era una reacción normal entre los Antepasados tendría que averiguar a qué otros de sus hombres podría pasarles lo mismo en una situación similar.

Todo era mucho más sencillo antes.

En cuanto a Tilo, éste daba paseos intranquilo. No había dejado de estar nervioso desde que Baltis subió por la escalera y Andis lo comprendía, aunque se había sorprendido al ver que miraba con más frecuencia hacia la escalera que comunicaba con la estación que a la torre.

Estaba preocupado por Karen, comprendió de repente.

-Draken, ¿detectas alguna nueva fuente de emisión energética?.

-No, Andis.

-¿Se te ocurre alguna forma de que podamos encontrar a Karen?.

-No, Andis, no creo que la haya. La estación está demasiado caliente para que podamos detectar el calor de los cuerpos a través de las paredes. El análisis de neutrinos no serviría, ni las ondas gravimétricas. Los ultrasonidos... -Draken se detuvo unos segundos- Quizás, si se colocaran... ¡Andis, ya lo tengo!. Si Karen está vivo estará respirando y le latirá el corazón. El sonido pierde fuerza por el aire con mucha rapidez pero a través del metal quizás podamos oír sus latidos. No podríamos saber con exactitud donde se encuentra pero sí con una cierta aproximación. Tengo un receptor infrasónico en la lanzadera, ¿quieres que te lo lleve?.

-De momento no, pero puedes acercarte a la estación. Al parecer el peligro ya ha pasado.

Esperaría a que bajara la mujer. Después, si no conseguían que les dijera dónde estaba Karen, vería.

* * * * *

Karen despertó en medio de terribles dolores. Estaba a oscuras en un pequeño armario y no podía ver más que unas rendijas al otro lado por donde entraban unos tenues rayos de luz.

Intentó incorporarse y una cuchillada de dolor lacerante le recorrió el brazo izquierdo. Tenía el brazo bajo su cuerpo en una incómoda, imposible posición.

¡Sabía que un hombro no podía doblarse de esa manera!.

Incapaz de resistir el dolor comenzó a llorar mientras gemía.

-¡Mamá!. Mamá, por favor, sácame de aquí. Me duele, por favor, mamá. Ayúdame.

Nadie respondió a sus gritos. Sólo una voz mecánica, una grabación, se oyó a lo lejos sin que pudiera reconocer lo que decía. Con la mano derecha se limpió las lágrimas sintiendo el dolor de varios hematomas en el rostro. Se tocó con suavidad la cara y comprobó que tenía todo el lado izquierdo hinchado doliéndole el más mínimo roce.

-¡¡Mamáaaaaa!!.

Volvió a oír la grabación aunque tampoco esta vez pudo entender lo que decía.

Intentó tranquilizarse. Si pudiera acercarse un poco a la rejilla quizás pudiera oír lo que decía la grabación. Volvió a limpiarse las lágrimas con cuidado y se incorporó un poco descubriendo que también tenía el pecho dolorido.

Conteniendo a duras penas un gemido, se mordió los labios y consiguió sentarse liberando el brazo izquierdo que quedó colgando provocándole un mareante dolor.

Estuvo a punto de perder el conocimiento pero apretando con fuerza los dientes consiguió mantenerse consciente.

Jadeó entrecortadamente durante largo rato, incapaz de moverse ni de llorar siquiera.

La grabación volvió a oírse dos veces más, pero aún estaba demasiado lejos de la rejilla para saber lo que decía. Las piernas las tenía dobladas hacia delante y parecía que era la única parte de su cuerpo que no le dolía. Alzándolas con cuidado las pasó al otro lado del armario para darse la vuelta en su interior.

Ya casi estaba. Ahora sólo tenía que mover el cuerpo hasta el fondo del armario.

Con un aullido de dolor, deslizó la espalda por la puerta hasta que su cuerpo golpeó contra la pared opuesta del armario. Un inmenso dolor le recorrió el brazo izquierdo al chocar contra la puerta y sintió cómo le palpitaba desde la punta de los dedos hasta la cabeza.

Resistiendo el impulso de emitir un nuevo gemido acercó su oído a la rejilla justo a tiempo de volver a oír la grabación.

«Proceso de autodestrucción en marcha. Cuatro minutos para la evacuación. Faltan treinta y cuatro minutos para la explosión»

Durante unos segundos no pudo comprender lo que había oído. ¿Evacuación?. ¿Explosión?. ¿A qué se referían?. Su madre no podía...

-¡Nooooo!. ¡Mamá, por qué lo has hecho!. Ellos no querían hacernos daño.

Era inútil gritar, nadie podía oír sus gritos. Estaba encerrada sin posibilidad de escapar. Dentro de algo más de media hora la estación haría explosión matándola a ella, a su madre y a todos los que habían venido a ayudarles.

-Mamá, por favor, sácame de aquí. Tilo, Tilo, ayúdame. ¡Tilo!.

Tilo iba a morir por su culpa. Si ella no les hubiese llamado, si no le hubiese pedido a Sigui que repitiera el mensaje de George...

Ella pidió a Sigui que repitiera el mensaje y él, como siempre, había interpretado literalmente su orden. Probablemente preguntó en pantalla qué mensaje quería transmitir y tomó como tal la siguiente frase que ella pronunció sin saber que dicha frase sería transmitida al espacio de la misma forma en que George lo había programado muchos años atrás.

«Proceso de autodestrucción en marcha. Tres minutos para la evacuación. Faltan treinta y tres minutos para la explosión»

Volvió a secarse las lágrimas sabiendo que, sin quererlo, había provocado la muerte de sus amigos, a los que apenas acababa de conocer.

-Tilo, Baltis, Andis, por favor, perdonadme.

* * * * *

Andis observó cómo Dicas acudía a atender a Baltis mientras los demás hombres cogían a la mujer que tenía las manos atadas ante ella.

Baltis tenía un chichón en la cabeza y unos arañazos en la cara pero lo peor era una cicatriz que le recorría el pecho y que, aunque no sangraba, estaba supurando. Dicas le aplicó una crema para las quemaduras en la cicatriz mientras Baltis contenía a duras penas los gestos de dolor.

La mujer los miraba aterrorizada si bien ellos no hacían ningún movimiento que justificase ese terror. Al acercarse uno de los hombres para hacerla salir de la torre, ella se apartó de él gritando enloquecida.

-Sacadla a rastras si es necesario. -Tilo y Fasel la cogieron por los brazos y la sacaron por la fuerza sin que ella dejara de gritar y debatirse.

Andis no comprendía de qué podía tener tanto miedo, nadie estaba haciendo ningún gesto amenazador pero ella no paraba de gritar enloquecida.

-Tilo, ¿crees que podrías preguntarle dónde está Karen?.

-Lo intentaré. -acercándose a la mujer, se puso ante ella y, encogiéndose de hombros preguntó- ¿Karen?.

Hasta que habló, la mujer no le hizo ningún caso, seguía mirando enloquecida de Aster a Fasel, a Tador y a Baltis para luego volver a empezar. No parecía fijarse en nada más pero al oír el nombre de Karen miró a Tilo con sorpresa durante unos segundos antes de volver a ponerse a gritar.

Andis estaba desconcertado. La mujer parecía más aterrorizada por los hombres desnudos que por los que tenían trajes, a pesar de que, se daba cuenta, el traje con la mochila y todas las herramientas que colgaban del cinturón debería hacerlos parecer más imponentes y amenazadores.

-Aster, Fasel, Tador y Baltis. Entrad en la torre y poneos a un lado de la puerta, donde ella no os vea.

Cuando así lo hicieron la mujer pareció calmarse un poco y Tilo volvió a preguntar por Karen, pero chocó con la hosca determinación de la mujer que apretó los labios negándose a pronunciar una palabra.

Andis se hizo a la idea de que tendrían que buscar a Karen de habitación en habitación, inseguro aún de que realmente quisiera ser encontrado.

Tal vez estaba escondido y planeando algún medio de atacarles aunque a Andis le costaba trabajo imaginarlo.

Le había caído bien el chico. Cuando le vio por primera vez se quedó extrañado por el color de su piel pero cuando le saludó y él respondió a su saludo...

De repente oyó la voz de Karen en su casco pronunciando su nombre seguido de unas palabras que no entendió.

-Tilo, Baltis, Andis, *por favor, perdonadme*.

-¿Karen?.

-¿Qué?. -se volvió Tilo con rapidez al oírle mencionarla.

A través del casco Tilo no había oído la voz de Karen pero sí la exclamación de Andis.

-¿Ninguno de vosotros lo ha oído?.

-¿Oído qué, Andis?. -volvió a preguntar Tilo- ¿Has oído a Karen?. ¡Él tiene mi consola!.

-Karen, Karen, ¿me oyes?. -no hubo respuesta, el ordenador emitía sus palabras por los altavoces externos pero no la enviaba a ningún otro receptor- ¡Tilo!. Tilo, ¿estás ahí, Karen?.

-¿Andis?. ¿Eres tú, Andis?.

-Tilo. Hola, Karen.

-Hola, Andis.

-¡Draken!. ¿Puedes saber donde está la consola de Tilo?.

-Sí, Andis. Está unos quince metros bajo vosotros, en la sala a donde fuisteis antes.

-¡Tilo!. Karen está abajo, en la sala donde fuimos a buscar a la mujer. Vete con Aster y Dicas a buscarle. Draken, informa a Dicas si la consola cambia de situación.

-Podré hacerlo mientras emita. Tendréis que hacerle seguir hablando.

Unas palabras de Karen se entremezclaron con la voz de Draken. Al empezar la frase con el nombre de Tilo, el ordenador la había enviado completa a la consola de éste. Del mismo modo que Karen, al pronunciar su nombre, hizo que él pudiese oír su mensaje.

-Tilo. Hola, Karen.

-Hola, Andis.

-Andis. -informó Draken- Karen no se ha movido del sitio.

Bien. Aparentemente ya tenían controlados a los dos Antepasados que habían encontrado en la estación. No estaba seguro de Karen pero sabía que a su madre, si es que era su madre, tendrían que tenerla vigilada y encerrada. No podían correr el riesgo de que volviera a escapar y hacer de las suyas.

Un fuerte chasquido se oyó entonces en la estación recorriendo toda la metálica estructura. De repente, la puerta que comunicaba con la torre se cerró herméticamente y comenzaron a oír un silbido que les taponó los oídos.

-¡Andis!. -informó Draken, alarmado- Han aparecido fuentes de neutrinos en diversos puntos del módulo en el que estáis. Detecto varias fuentes de energía que no estaban antes. ¡Y el aire de ese módulo está escapando por todas partes al espacio!.

Andis quedó paralizado por unos segundos. Si el aire escapaba de la estación, todos aquellos que estuviesen sin traje espacial morirían por frío y descompresión, y justo acababa de enviar a Aster sin traje en busca de Karen.

-¡Dicas, - gritó por la radio- dile a Aster que vuelva de inmediato!. ¡El aire se está escapando de la estación!. ¡Tador, Baltis y Fasel, poneos los trajes enseguida!. Bodio, coje el traje de Aster y llévaselo a su encuentro. Todos los demás poneos los cascos.

Mientras Poster, Baltis y Fasel salían de la torre por los agujeros que habían practicado para construir las inútiles armaduras se preguntó que podrían hacer con la madre de Karen.

Ésta se había incorporado y puesto de rodillas. Con las manos juntas ante su pecho y los ojos cerrados no cesaba de mover los labios en silencio.

-Óber, abre la cámara intermedia.

-No puedo, Andis -respondió Óber tras intentarlo durante largos segundos- La puerta parece estar bloqueada.

Entonces no podían hacer nada.

Cuando todos tuvieron los trajes puestos no pudieron hacer otra cosa que mirar cómo la mujer comenzaba a boquear. Andis se dio la vuelta. Sabía lo que iba a venir a continuación y no quería verlo. Solo Baltis se acercó y, arrodillándose ante ella, le sujetó las manos entre las suyas. La mujer le miró sorprendida mientras la nariz le empezaba a sangrar. La locura que había brillado en sus ojos hasta ahora se desvaneció de repente para ser sustituida por una mirada de comprensión y miedo cerval. El grito que pegó los estremeció a todos a pesar de la cada vez más tenue atmósfera mientras la sangre en sus arterias empezaba a hervir rompiendo capilares en sus pulmones, haciéndole reventar los tímpanos y destruyendo los tejidos de su cerebro.

* * * * *

Al oír la señal que indicaba la media hora que le quedaba de vida, Karen oyó un fuerte estruendo que resonó en toda la estación seguido de un fuerte siseo.

Ignoraba lo que había ocurrido, pero sabía que Andis la había oído por la consola, y si Andis la había oído pronto vendrían a buscarla. Oía un leve rumor a través de la rendija del armario y aunque ignoraba lo que podía ser sintió que debía ser algo grave.

A lo lejos oyó un fuerte golpe, como si una puerta se hubiese abierto de golpe chocando con la pared.

-¡Karen!. ¡Karen!.

-¡Tilo, *aquí!*. *Estoy aquí.*

Siguió gritando mientras sentía cómo se le taponaban los oídos. Al recordar la primera vez que le había pasado eso, recordó las muecas que Tilo le hacía. Quería decirle algo que ella no entendió. Abrió la boca intentando imitar aquella mueca y un involuntario bostezo le alivió de golpe la presión de los oídos.

-¡¡Tilooooo!!.

Oyó unos golpes en la puerta del armario seguidos de un chirrido que cortó la cerradura abriéndose de repente la puerta. Tilo la cogió con rapidez alarmándose al oír el chillido de dolor de Karen. Al darse cuenta de que le había hecho daño le cogió con más cuidado pero no por ello más despacio en dirección al centro de la sala.

Karen tenía la cara cubierta de hematomas, los labios le sangraban y alguna herida que no podía ver le sangraba bajo el pantalón. El brazo izquierdo lo tenía lleno de cardenales aunque la consola le había protegido el antebrazo, y el hombro izquierdo estaba dislocado.

-¡Dicas, ayúdame!.

Tomando el cuerpo de Karen en los brazos, Dicas acompañó a Tilo hasta el traje espacial abandonado por su madre en la sala de control. Tras examinarlo durante unos segundos se esforzaron en meter a Karen en el interior de la parte superior del traje. Extendida sobre el suelo le pusieron los pantalones tardando dos eternos minutos en encontrar la manera de ajustarlos. Karen boqueaba sin fuerzas, su cara se había teñido de rojo y un hilo de sangre comenzaba a salirle por la nariz. Con toda la prisa que pudo, colocó el casco en el cuello del traje y lo ajustó con un chasquido.

El traje comenzó a inflarse de inmediato haciendo que Karen tomara el aire en desesperadas, dolorosas inhalaciones.

* * * * *

Karen intentaba hacerse comprender sin conseguirlo. Desde que Tilo y Dicas la habían sacado del armario hasta que pudo respirar dentro del traje habían pasado cinco minutos. Cuando Andis y Baltis y los demás hombres se reunieron con ellos podían haber pasado ya otros diez minutos y no parecía que ninguno de ellos tuviera prisa por irse.

No podía mantenerse en pie dentro del traje espacial de su madre y entre Tilo y Dicas la habían llevado hasta la galería. Se sentía mareada de dolor y tenía ganas de dormir pero no podía hacerlo hasta que estuvieran fuera, bien lejos de la estación que estaba a punto de estallar.

No podía hacer gestos y sólo mediante la ayuda de la consola de Tilo, que aún tenía en el brazo dislocado, podía intentar comunicarse con ellos.

Al ver a Baltis, que tenía unas manchas pardo rojizas en la parte anterior del traje tuvo un mal presentimiento.

-Baltis, ¿y mi madre?. ¿Dónde está mi madre?.

Éste la miró con tristeza e hizo un movimiento con la cabeza que ella entendió perfectamente.

-¡No, mamá!. ¡No tenías que haber muerto!.

Lloró desconsolada durante unos minutos mientras Tilo, Baltis, Andis y todos los demás intentaban consolarla. No podían tocarla pues tenía los brazos dentro del traje, fuera de las mangas y le resultaba doloroso casi cualquier movimiento pero uno a uno fueron pasando ante ella y poniendo una mano, durante unos segundos, en el cristal de su casco. Intentó sobreponerse a su dolor. Tenían que salir de allí cuanto antes.

-¡Andis, tenemos que salir de aquí!. La estación va a estallar de un momento a otro.

Andis la miró, sin entenderla. Por el tono pensó que le estaba recriminando la muerte de su madre y, desalentado, giró la cabeza como diciendo que no pudo hacer nada.

-Tilo, ¿no me entiendes?. La estación va a explotar. Va a hacer ¡Bum!.

Al carecer Tilo de consola, Andis había programado el ordenador de su traje para que pudiese oír todas las conversaciones. También había renombrado la consola de Tilo para que respondiese al nombre de Karen.

-Karen, no lo entiendo. ¿Qué quieres decir?.

Karen se sentía frustrada. ¿Cómo explicarles que debían alejarse cuanto antes, que seguir allí era...?

-¡Tilo!. ¡Andis!. ¡Peligroso!. ¡Peligroso!. ¡BUM!. Uno. Dos. Tres. ¡BUM!.

Tilo y Andis se miraban desconcertados.

-¿Qué quiere decir?. -preguntó Andis- ¿Qué es peligroso?.

-Le enseñé esa palabra cuando le expliqué el funcionamiento de la linterna.

-¿Puede ser que crea que somos peligrosos para él?.

-No lo creo. Más bien pienso que quiere avisarnos de algún peligro. Pero ¿que significa 'bum'?

Andis miró a Karen repentinamente alarmado y, trazando con la mano un círculo en el aire, preguntó.

-¿Bum?.

-¡BUM!. -respondió Karen agitando la cabeza- Uno. Dos. Tres. ¡BUM!. Peligroso.

-¿No os acordáis de los cuentos de Lodren?. Hacía ese sonido para indicar que algo explotaba. -Tras una leve pausa, continuó- Está bien, asumiremos que la estación va a estallar, tendremos que salir de aquí enseguida. -Tomando un objeto que había en el suelo y que no reconoció, lo alzó hasta la altura de su cabeza y lo dejó caer. En vez de caer en línea recta el objeto se desvió en dirección a contragiro, cayendo a unos veinte centímetros de su vertical. Señalando el pasillo que iba en esa dirección añadió- Por aquí, seguidme todos.

Caminaron con rapidez hasta llegar al final del pasillo. Al fondo había una pared y Andis y Fasel se pusieron a practicar un agujero con los desintegradores. Bodio y Tilo llevaban a Karen en volandas por el pasillo e iban más despacio pero, al llegar, la plancha cuadrada ya había caído sobre la siguiente habitación. Atravesaron ésta hasta la pared de enfrente en la que había una ventana por la que se podían ver las estrellas.

De nuevo Andis y Fasel recortaron un rectángulo de metal, aunque éste fuera más grueso y tardaron más tiempo en hacerlo. El rectángulo cayó al espacio. Medio minuto después el giro de la estación les permitió volver a verlo alejándose en la distancia. Extrayendo las cuerdas de los tornos de sus cinturones se enlazaron entre sí en una cordada.

-Dejad las cuerdas bien largas y saltad todos seguidos sin dejar que se tensen las cuerdas. La diferencia de velocidad de las distintas plantas hará que conforme caigamos nos vayamos alejando de la estación pero no debemos balancearnos pues podríamos chocar con las paredes.

-Sí, Andis.

Bodio y Tilo, sujetando a Karen a los lados, eran los primeros de la cordada. Andis los ordenó a los demás asegurándose de que Tador era el penúltimo, justo delante de él.

-¡Saltad!. - ordenó cuando comprobó que todos estaban sujetos.

Tilo y Bodio, con Karen en medio, saltaron al vacío. Descendieron pasando junto a las diversas plantas pero cada vez más lejos de ellas. Conforme los demás saltaban de uno en uno siguieron el mismo camino pero, al estar la estación girando, cada uno en una trayectoria divergente del anterior. Cuando todos hubieron saltado Andis vio que se estaban alejando entre sí formando una casi perfecta curva aritmética. Las cuerdas empezaron a tensarse haciendo que volvieran a unirse y separarse en un movimiento elástico.

-Bien, Draken. -ordenó Andis- Ven a recogernos.

-Enseguida, Andis.

Estuvo a punto de ordenar que acortaran las distancias entre ellos pero al ver que la cordada estaba extendida en una larga línea recta que giraba en el mismo plano y a casi la misma velocidad que la estación de la que se estaban alejando se dio cuenta que se conservaría su momento angular. Si acortaban la distancia entre las cuerdas aumentaría la velocidad de rotación. Tras un rápido cálculo de la fuerza centrífuga consiguiente desistió de la idea.

Y si Draken los enganchaba en cualquier tramo de la cordada la rotación a que ésta estaba sometida la haría comportarse como un látigo. Calculó mentalmente la tensión que soportarían los tornos, cuerdas y eslingas, y el riesgo de que chocaran con la nave. Tampoco podían hacerlo.

Ya dudaba de encontrar una solución cuando Draken intervino.

-Andis, tenéis que iros soltando uno a uno de la cordada. Yo puedo capturaros uno a uno con la lanzadera si os soltáis en el momento en que yo os avise.

-¿Estás seguro?. En tal caso adelante.

Draken maniobró con la nave para colocarse en el plano de rotación de la cordada pero a unos cincuenta metros de su alcance.

-Tador, suelta la cuerda de Andis cuando yo te diga. ¡Ya!.

Separado de la cordada, Andis siguió su camino en línea recta en dirección a la nave. Recuperó la cuerda con el torno y tomó un anclaje magnético para apuntarlo a la nave y corregir

su rumbo hacia la puerta abierta mientras admiraba la idea de Draken. Al separarse de la cordada en su extremo, Andis había convertido su momento angular en velocidad lineal sin transferirlo al resto de la cordada.

Antes de que llegara a la nave, Áster ya había soltado a Tador que siguió el mismo camino.

-Tilo, -continuó Draken- el siguiente eres tú.

Éste llevó la mano a su espalda y sujetó la eslinga en la que se sujetaba la cuerda de Dicas. Quitó el resorte de seguridad y esperó el aviso de Draken.

-¡Ya!

El trío formado por Bodio, Karen y Tilo salió despedido en línea recta hacia la nave en cuya puerta Andis y Tador les ayudaron a entrar.

-¡A popa, rápido!. -exclamó Draken.

Bodio y Tilo empujaron a Karen hacia la parte posterior de la cabina de carga. Conforme los demás hombres, uno a uno, llegaban a la lanzadera se iban con rapidez hacia popa. Cuando sólo quedó uno, Draken maniobró para colocarse a su lado y lo atrajeron con rayos tractores.

Cerrando la puerta, Andis mandó a Tador hacia popa mientras él se dirigía a la cabina.

-Está bien, Draken. -dijo al abrocharse los arneses del asiento- ¡Larguémonos!

Éste aceleró todo lo que pudo. La velocidad aumentaba vertiginosamente mientras Karen sentía un peso tan grande como nunca había sentido que la aplastaba contra la pared de popa.

-¡La estación está explotando!. -gritó Draken.

Andis contempló los monitores. El módulo de dormitorios del que acababan de escapar estaba sufriendo varias explosiones mientras el otro permanecía a salvo. Las explosiones habían comenzado en la planta inferior y se extendían con rapidez hacia arriba. Al llegar a la última planta toda la estructura se separó de la torre que se retorció como si fuese de papel. Con la torre destruida, los dos módulos tomaron caminos divergentes, el de dormitorios aún estremeciéndose con diversas explosiones.

-Draken, ¿hay peligro de chocar con restos de la explosión?.

-Pueden alcanzarnos algunos trozos pequeños, que son los que cogerán más velocidad. Dentro de un minuto te lo diré.

Andis permaneció en tensión. Si les alcanzaba algún trozo lo bastante grande y rápido los daños que sufriría la lanzadera podrían ser muy graves, además de que también podría provocar su muerte. Su tensión se transmitió al resto de los hombres que esperaban en silencio aplastados en la pared de popa

Oyó unos golpes en el exterior del casco que resonaron con fuerza. Draken seguía apretando los controles de aceleración mientras Tricar, a su lado apretaba con fuerza los reposabrazos de su asiento.

Los golpes disminuyeron en intensidad y frecuencia hasta que volvió a hacerse el silencio. Habían estado acelerando a ocho Ges. Su velocidad ya era superior a la de los fragmentos de la estación que les seguían.

Con un suspiro de alivio, Draken redujo la aceleración a cinco Ges. Tras comprobar que ningún fragmento les podría alcanzar, volvió a disminuir la aceleración y, por fin detuvo los motores.

-Bueno, de momento estamos a salvo. Mientras más lejos estemos, menos probabilidades hay de que choquemos con fragmentos y dentro de una hora la zona habrá quedado lo bastante limpia como para poder regresar sin peligro.

-¿Los fragmentos de la explosión podrían chocar con los espejos?.

-Sí, existen muchas posibilidades de que choquen con ellos aunque no creo que sea un daño irreparable. A la distancia a la que está quizás pierdan entre un cinco y un diez por ciento de reflectancia, pero podremos compensarlo sin problemas.

Andis se levantó y se dirigió a la cabina de carga. En la pared del fondo estaban todos los hombres alrededor de un traje que destacaba de los demás.

-Dicas, ¿cómo está Karen?.

-Está mal. Ha perdido el conocimiento y no puedo tratarle dentro del traje. Andis, ¿no podríamos sacarle de él de alguna forma?.

-No, aunque en capacidad de vuelo esto es una nave, no fue diseñada para largas estancias, no hay bombas ni calefactores. Karen tendrá que esperar a que llegemos a Libertad y no podremos hacerlo hasta dentro de unas ocho horas, cuando hayamos recuperado los espejos y la estación salga de la atmósfera de Júpiter. Por lo menos podrás suministrarle un anestésico ¿no?.

-Sí, aunque su cuerpo necesita mucho más que anestésicos. Andis, si lo que temo es cierto, Karen se ha criado durante toda su vida en un ambiente donde la gravedad era de menos de la mitad que en la Tierra. Baltis dice que la mujer que encontramos en la estación tenía muy pocas fuerzas en los brazos y Karen sin duda debe encontrarse en las mismas condiciones. Nunca hemos estudiado los efectos de la prolongada ingravidez en el organismo pero imagino que tiene que tener los huesos muy descalcificados y su tono muscular muy bajo. No creo que su corazón pueda adaptarse a trabajar en una gravedad normal.

- Bueno, los problemas, de uno en uno, tienen fácil solución. Ya resolveremos ese más adelante, ahora simplemente procura reanimarla.

* * * * *

Karen despertó al sentir el viento en la cara. Por un momento creyó encontrarse en la cima de una colina allá en la Tierra, corriendo entre las flores y con la hierba acariciándole las piernas. Pero al abrir los ojos, en vez del tantas veces soñado sol, sólo vio varias placas luminiscentes que iluminaban la cabina de mando de una nave. Giró la cabeza dentro del casco y pudo ver a dos hombres de espaldas que manipulaban una serie de mandos. A su derecha estaban Andis y Dicas. Este último le había colocado un pequeño aparato atravesando el cristal de su casco por el que le llegaba una suave corriente de aire. El aire tenía un olor extraño, dulzón, pero la hacía sentirse más animada. Milagrosamente las heridas le habían dejado de doler, ya no sentía el brazo roto ni los golpes que su madre le había dado en la cara.

Conforme recuperaba las fuerzas intentó hablar pero sólo pudo emitir un débil gemido. Dicas la miró y, al ver que estaba despierta, se acercó a examinarla.

-Karen, ¿estás bien?.

Le llegó su voz a través de la consola que aún llevaba en el brazo y aunque no había entendido lo que dijo Dicas adivinó el significado y asintió levemente.

Más allá de Dicas había una puerta en cuyo umbral se encontraban Tilo y Baltis. Tilo la miraba sonriendo y ella le devolvió la sonrisa, Baltis, sin embargo, tenía la vista fija en las ventanas de la cabina. Karen miró por ellas y vio al gigantesco Júpiter aunque en una perspectiva que nunca había visto. Parecía estar tumbado, con las franjas en posición horizontal. Desde su estación siempre había visto Júpiter con las franjas verticales por eso tardó varios segundos en reconocerlo. También estaba mucho más cerca y a mitad de camino había una gigantesca esfera a la que se estaban aproximando. Era la estación orbital Libertad.

Volvió a mirar a Baltis y se dio cuenta de que en su mirada había añoranza. Sí, ese era su hogar.

El de ella, en cambio había sido destruido. Aunque no lo había visto era capaz de imaginar la destrucción de lo que había sido su hogar desde que nació.

Nunca más recorrería los pasillos que le habían cobijado desde la niñez, ni oiría el murmullo de los aspersores en los campos de cultivo, ni podría refugiarse en aquella cabaña que le había costado tanto construir.

Lo que más lamentaba era la muerte de su madre. Comprendía que se había vuelto loca hacía años pero no por ello había dejado de quererla.

Unas lágrimas comenzaron a deslizarse por sus mejillas, pero miró adelante, a la estación a la que se estaban acercando.

Aquel mundo era diez veces más grande que el suyo. Sigui decía que podían habitarlo más de seis mil personas. ¿Cuántas habría?. Por el monitor observó la imagen de un hombre cuando Andis se comunicó con él. Su primera impresión de que eran mestizos como ella la había ya desechado. Aunque el color de la piel era algo más claro que el suyo sin llegar a ser blancos, sus facciones eran demasiado finas para pensar que pudieran ser de raza negra. Árabes quizás, tal vez indios.

No importaba. Eran buenos hombres y entre ellos seguro que habría buenas mujeres. Fuera lo que fuera lo que le deparara el futuro, Karen tenía una cosa perfectamente clara.

Nunca volvería a estar sola.

F I N